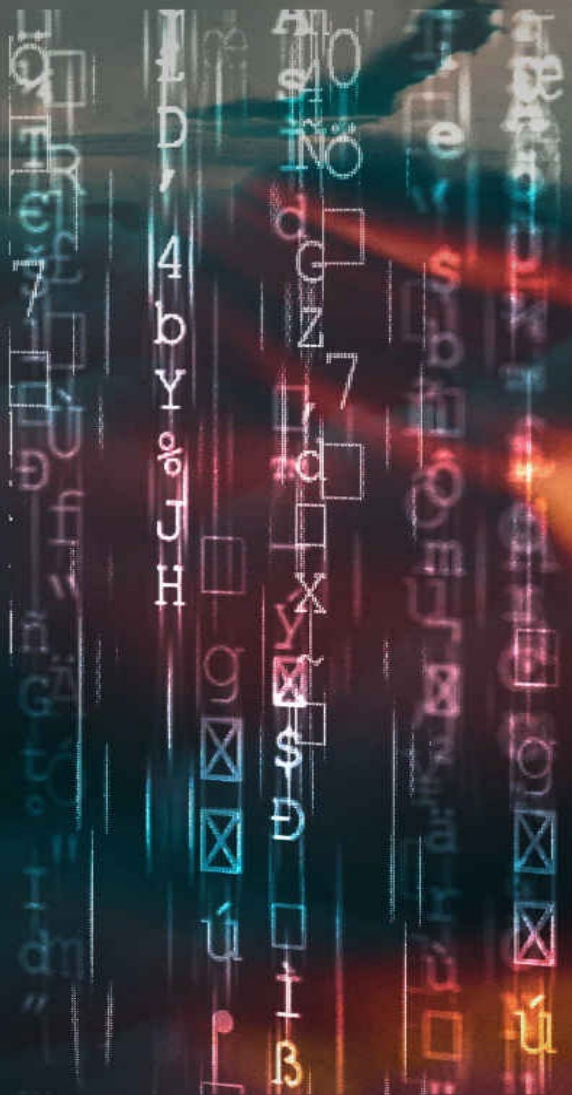


EL CÓDIGO

Y LAS TRES GRANDEZAS VIRTUALES



WILLYAM THUMS

EL CÓDIGO

Y LAS TRES GRANDEZAS VIRTUALES



WILLYAM THUMS

EL CÓDIGO

Y LAS TRES GRANDEZAS VIRTUALES

WILLYAM THUMS

Traducido por
MARIÁN GIRÁLDEZ ELIZO

ÍNDICE

El Código

1. La Primera De Las Fuerzas
2. La Segunda Grandeza
3. La Tercera Grandeza
4. La Gran Guerra

SOBRE LA TRADUCTORA

EL CÓDIGO

Y LAS TRES GRANDEZAS VIRTUALES

WILLYAM THUMS

TRADUCIDO POR
MARIÁN GIRÁLDEZ ELIZO

EL CÓDIGO Y LAS TRES GRANDEZAS VIRTUALES.

Copyright © 2019 Willyam Thums.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida bajo ningún medio existente sin autorización escrita del autor.

Washington, DC, Estados Unidos de América.

Headshot: ©Stevengabrielphotograhly. New York City, USA.

Primera Edición, 2019.

*Nueve. Yo tenía nueve años de edad cuando vi
el Código por la primera vez.*

W.T.

1 LA PRIMERA DE LAS FUERZAS

La rama delgada del sicómoro arañaba el cristal de la ventana de la biblioteca cuando un pensamiento pasó por la cabeza del señor Davis. Eran tiempos de gaviotas. Se oían las pequeñas disputas por ramitas, conchas, y migajas de algún bocado turístico. Jugaban en medio de la arena gruesa de la playa, mientras la liviana brisa acariciaba sus plumas suaves. Llevando en esas plumas ligeras y blancas el perfume de los seres marinos.

El hombre escuchó algunos ruidos indistinguibles dentro de la casa. Del piso de arriba, descendió lentamente, Charlie, el *Golden Retriever* de la familia. En el casi silencioso de sus pasos tiernos, buscó la mano del dueño, en señal de compañía.

Todavía en sus pantalones de deporte gris claro, tenis de correr, y una camiseta ya desgastada de los entrenamientos diarios, el señor Davis observaba el tranquilo movimiento de aquella rama del árbol. No dejó de notar a Charlie bajo la mano derecha. Hizo un cariño a la perra. Con la otra mano se arregló las gafas en la cara sudorosa. Con atención, observaba los lentos contoneos que la rama hacía alrededor del cristal blanco. La biblioteca era amplia y estaba rodeada de estantes con libros organizados por colores. Tenía vistas que daban al mar y al jardín trasero. Al lado izquierdo, una puerta francesa se abría a la sala de estar amplia y clara, con sofás y muebles elegantes. En el lado derecho, detrás del escritorio de caoba, la mayor de las ventanas. El punto exacto hacia donde el señor Davis dirigía su mirada.

Todavía se podía escuchar el breve romper de las olas y ver, no muy lejos, a otras personas que corrían en movimientos coloridos. El viejo miraba

aquella rama con fijación. En alguna otra habitación de aquella casa, tal vez alguien preparara el almuerzo. Se oyó un vaso llenarse de agua. Las gaviotas volaron lejos. De repente, el movimiento en el cristal de la ventana terminó. Charlie, que estaba por allí, también vio la rama de árbol alejarse del cristal, permitiendo que los rayos de sol volvieran a iluminar el escritorio del señor Davis.

El viejo de hombros anchos y buena altura se volvió hacia la perra, diciéndole "buena chica, buena chica"...Como viejos amigos, intercambiaron unos abrazos. Antes de ponerse de pie, el señor Davis mostró las palmas de las manos para que el animal las tocara con sus lindas patas de color caramelo. Con excesivo alborozo canino, Charlie rodó unas pocas veces antes de desaparecer en una carrera eufórica hacia la sala de estar. Se oyeron voces femeninas en la cocina. Probablemente estaba corriendo por toda la casa.

Con una de las rodillas todavía en el suelo, al levantarse por completo, los ojos del señor Davis fueron rozados levemente por los rayos de sol que entraban en la biblioteca. No los intentó evitar. Al contrario, durante las siguientes fracciones de segundos pudo experimentar una especie de resplandor. Al mirar los rayos de sol, tonos de rosa y blanco deformaban un poco las proporciones de los objetos a su alrededor. Era como si el sol eclipsara la mesa que estaba justo delante de él. Tuvo la ligera sensación de eso ya había sucedido.

El señor Davis tuvo una idea.

Esa callecita, en alguna playa de Los Ángeles, nunca más sería la misma. Raro es que alguna de las grandes ideas de la humanidad pasara desapercibida. La del señor Davis cambiaría completamente los rumbos de nuestra historia.



El mundo del señor Davis era el propio futuro. Para la raza humana, tan movida por los avances tecnológicos, imaginar el futuro parecía estar siempre ligado a la creación de automóviles voladores, robots domésticos, arquitecturas incomprensibles, teletransporte, y el descubrimiento de otros planetas. El gran cambio del siglo actual fue que él, el futuro, ya había llegado. Y muy rápido.

En otros momentos, los pequeños y medianos avances llevaban veinte, cuarenta, cincuenta años para tomar forma y ejecutar cambios inimaginables en la vida cotidiana de las personas. Fue así como ocurrió la transmisión de las primeras ondas de radio de un brillante Padre Landell de Moura. La invención de la radio embalaría el mundo al sonido de Billie Holiday. Para las personas de ese tiempo, parecería imposible que también los árboles pudieran florecer más rápidamente dependiendo de la música que escuchasen. La fotografía en color y la cinematografía un día también iban a capturar y eternizar el amor.

Las primeras imágenes de un tubo divertido llamado televisión mostraban el mundo. Se proyectó la primera olimpiada. El planeta podía ver a atletas de todos los continentes. De Japón a España, de Marruecos a Brasil, las personas comenzaron a tener noción del mundo en imágenes. La imagen de la televisión no sólo creó espectadores - hizo que la gente soñara más. Un día cualquiera, una llamada telefónica conectó países- algo que se pensaba extraordinario. ¡Inventamos el avión! Fue posible cruzar océanos sin tocarlos, flotando en una creación metálica. En los cielos de París o Carolina del Norte, el hombre dominó los aires. Derrotamos a Eolo, el dios de todos los vientos, y creamos legislaciones aéreas. La humanidad se subyugó ante sus propias limitaciones. Hermes, el dios de las sandalias voladoras, bendijo a algunos de esos hombres. Un niño que jugaba en el suelo de la cocina vio en directo el despegue del primer cohete a la Luna. Su madre, que llenaba la taza de café, observó la escena con curiosidad.



Antes de Internet, el ser humano común seguía su rutina normalmente. Se hacían planes de viajes, se abrían pequeños comercios, se fichaban tarjetas, las escuelas eran las instituciones de enseñanza, los hospitales de sanación, y los gobiernos el monopolio del poder. En un lugar cualquiera, una abeja polinizaba flores sin prisa. La Amazonia, pulmón del mundo, respiraba tranquila.

La vida sucedía sin esfuerzos. En los suburbios capitalistas, las colas de autobús llevaban hombres comunes al trabajo diario a sus compañías. Se discutían juegos de béisbol, los últimos modelos de coches de Detroit. La gente hablaba de leyendas urbanas y también de las guerras mundiales. Los

canguros australianos luchaban con más fama que los luchadores de Tailandia.

En el Cristo Redentor, una pareja apasionada sacaba fotos de la ciudad. Todo el mundo sólo hablaba de democracia. Y las dictaduras surgieron por el mundo. Los glaciares se derretían, pero se derretían sin prisa. De la punta de sus pies, Islandia los contemplaba. La Luna aún era la gran victoria de los humanos. Se pensaba en Marte. Era un planeta bien, bien grande. Sólo que aún era imposible vivir allí. Muchos de nosotros no nos enteramos de los detalles de los viajes al espacio. Había mucho secretismo en ello. ¿Pero por qué? ¿Por qué los estadounidenses, los rusos y los chinos querían tanto encontrar otro planeta igual a la Tierra? Las respuestas a estas preguntas eran muy importantes. De hecho, no todo el mundo puede tener acceso a tanta información. La gente se volvería loca.

Con el invento de Internet, los humanos habían llegado al futuro.

El futuro no fue la llegada de aquel montón de robots y autos voladores. Eso era apenas unos detalles. El futuro ya había llegado para todos aquellos que se conectaban al mundo virtual. En los ordenadores, en los teléfonos, en las tabletas...

El futuro tenía un nombre. Se llamaba *Etherea*.



(Años antes)

Era una media tarde de otoño en Michigan cuando el señor Davis finalmente pudo reclinarsse en el gran sillón marrón. Con paciencia, encendió un cigarrillo, se volvió hacia el lado norte de la propiedad y se quedó mirando los colores ardientes de los árboles del bosque. Los vientos de octubre movían los arbustos del camino que conectaba su casa a la calle principal del pueblo. En la segunda calada, contempló el verde vivo de las plantitas pequeñas y el contraste que hacían con el intenso rojo y anaranjado de los árboles de su patio.

El señor Davis nunca había entendido el propósito que la fama podía tener en la vida de las personas. Fue, desde siempre, un hombre humilde. Creció en una familia de clase media baja. Sabía los sofocos diarios que la falta de dinero podía traer. Pero en esa tarde de otoño las cosas parecían diferentes. Desde el balcón de su pequeña casa un poco dañada por los años, pero

siempre bien cuidada, se sintió dueño de sí mismo. Y dueño del mundo. Daba la última calada a su cigarrillo ya minúsculo cuando, Aurora, su esposa, abrió la puerta con un chocolate caliente.

Se fijó en los ojos sonrientes y húmedos del señor Davis mientras le entregaba una taza.

- ¿Sí? Ella preguntó rápidamente.

El hombre no respondió. Sonrió como un niño tonto. Estaba cansado aquella tarde, pero feliz. Mientras se acercaba el chocolate caliente, probó un poco. Miró rápidamente algunas hojas que se desprendían del frondoso roble.

- ¿Sí? Repitió Aurora un poco impaciente.

- *Yep...* Dijo él.

- ¡No lo puedo creer! Gritó ella eufóricamente abrazando al señor Davis.

Los dos ya habían abandonado las tazas de chocolate caliente en la mesita cuando celebraban, en un abrazo mutuo, la conclusión de un proyecto de al menos seis meses.

El señor Davis había conseguido una persona para financiar su invento. Había creado una página web donde era posible encontrar cualquier información. Una persona podía escribir un tema determinado, o una palabra, y allí aparecerían miles de datos. Era un sitio de búsqueda.

Este hombre sencillo y de corazón tranquilo sabía lo que tenía en las manos. ¡Abrazó a su mujer una vez más antes de decir *chin-chin!* chocando los chocolates calientes. El silencio del pacífico balcón se rompió con carcajadas y alguna que otra lágrima de felicidad.

Para Aurora, el sitio web ese significaba muchos cambios positivos en la vida de la familia no sólo en ese momento, sino en un futuro próspero y palpable. Para el señor Davis, su invento era el futuro en sus propias manos. Había creado algo que conectaría a miles de personas en todo el mundo.

Se encendió otro cigarrillo mientras la mujer llenaba la casa de pequeños gritos de éxtasis, buscando el teléfono para llamar a sus padres. Una camioneta con la parte de atrás repleta de calabazas naranjas pasó a velocidad media un poco distante. Desde dentro, un hombre gordo asintió. Como era hermosa esta región de los Estados Unidos, el *Midwest*.

Era divertido pensar que la paz venía siempre acompañada de las cosas simples. El paisaje suburbano y el otoño americano pincelaron juntos ese día exitoso, pensó el hombre, desde el balcón.

No muy lejos de allí, dos ardillas se enfrentaban por un trozo de nuez. Se

mostraban los dientes la una a la otra, como si estuvieran insultándose. La más rápida de ellas subió, circularmente, por el tronco del viejo manzano. Desde arriba, pareció burlarse de su hermana. Un poco más atrás, el señor Davis vio un búho reposando en uno de los postes de la cerca. Tenía sus ojos en la ardilla ganadora la cual observó durante unos instantes antes de lanzarse a un silencioso y ágil ataque. Pocos segundos después la nuez cayó en medio de las hojas secas. Cantar victoria antes de consumir su premio mostró ignorancia, reflexionó el señor Davis. Posiblemente la otra ardilla había pensado lo mismo, pero ahora ya había desaparecido en las altas ramas del roble trayendo consigo su tan soñado trozo de nuez a casa.

El viejo remató su breve análisis con el levantar de ambas cejas. Caminó al otro lado del balcón, mientras escuchaba las palabras entrecortadas de su esposa. Tomó el último trago de chocolate caliente y sonrió. Sonrió en silencio. La plenitud de los que alcanzan el éxito es siempre silenciosa.

Desde su suéter burdeos, el señor Davis dio las gracias. El universo en Michigan había proyectado algo grandioso. Las cosas estaban a punto de reinventarse.

El señor Davis no sabía, pero sería el hombre más poderoso del mundo.



Veinte años después de esa tarde en Michigan, el mundo virtual se llamó Etherea. Paralelo al mundo físico, Etherea controlaba datos masivos virtuales de todos los seres humanos conectados a la red de internet. La simple creación de un perfil en línea conectaría el mundo físico y Etherea a través de información sobre personalidad, preferencias, deseos e intereses de los más diversos.

Etherea, con el paso de los años, dejó de depender tanto del mundo físico. Inició la creación y dominio de infinitas ecuaciones matemáticas sobre vidas individuales y colectivas procedentes del lado físico de la realidad. A través de páginas web de información, aplicaciones de compras, perfiles sociales, entre otros portales de visitas virtuales, personas normales, es decir, "personas físicas" se convirtieron en ecuaciones complejas de datos. Eran existencias etéreas.

Rápidamente, los pocos seres aún no conectados a la realidad virtual

también desarrollaron configuraciones en el otro lado. Los ancianos y recién nacidos no necesitaban más que estar en comunidad para poseer, así, sus ecuaciones de datos virtuales. Platos típicos de una familia informaban lo que les gustaba, o lo que podían comer. Las tarjetas de crédito mostraban detalladamente las cantidades de fruta, chocolate, bebidas alcohólicas necesarias en un hogar determinado. Todo aquello colocado en la mesa como alimento nutría el cuerpo humano, pero también alimentaba base de datos personales en Etherea.

El universo virtual pasó a dominar toda la información sobre emociones, sentimientos, apetitos y comportamientos físicos y psicológicos del mundo no virtual. Las redes de internet trabajaban con una lógica bastante fácil: construían características de poblaciones y al mismo tiempo completaban rompecabezas individuales. Para Etherea, en cuestión de muy pocas décadas fue totalmente posible esquematizar la individualidad de los seres humanos. La población de Etherea, por lo tanto, era igual a la del mundo físico.

A principios del siglo, se formaron tres grandes empresas que hoy rigen el destino de los humanos y no humanos. Esas tres corporaciones cambiaron completamente el entendimiento de todas las escuelas de pensamiento, de las religiones y de todo lo que se creyó saber sobre el misterio de la vida.

Dos de esas corporaciones nacieron en Estados Unidos, la tercera en Francia. Esta última sólo fue posible a través del amor ambicioso entre dos jóvenes. Los estadounidenses querían dominio total del mundo virtual, pero Francia logró la tercera y última parte. Probablemente diferentes corporaciones habrían sido desarrolladas en otros rincones del mundo si las personas no estuvieran distraídas con guerras, el aislamiento de bloques económicos, descubrimiento de astros y estrellas y con apariciones de líderes espirituales.

Las dos corporaciones estadounidenses y la única francesa se llamaban "Las Tres Grandezas Virtuales". La diferencia entre ellas era que cada una tenía el dominio de ciertos campos de información. Estos importantísimos datos en línea se llaman genes de Etherea. Era como si toda la información formara parte de un ADN virtual. Estos genes formaban ese otro mundo donde todos estaban conectados.

Cuando el señor Davis recibió la inversión del gran empresario para poder expandir el sitio de búsqueda que había creado, un contrato ya había sido firmado. Hace treinta años, en aquella tarde en Michigan, el señor Davis sabía que debía estipular una fecha para el pago del patrocinio. Él no quería que el empresario se convirtiera en socio. Ese era el motivo por el cual estaba tan feliz: había firmado un contrato en el que pagaría los dos millones de dólares en un período de cuatro años. Por supuesto que dos millones de dólares eran mucho dinero. Sería una locura pedir prestado una cantidad tan grande de dinero y devolverla en tan corto plazo. ¿Y si el sitio no funcionase? ¿Y si las personas no tuvieran fe en la publicidad e información de esa plataforma online? Pero el señor Davis sabía exactamente lo beneficioso que su sitio de búsquedas podía ser. Él sólo necesitaba un impulso inicial para poder proporcionar a la página web con información diversa. Recetas de comida, paquetes de viajes, restaurantes, automóviles, tiendas de ropa, etc. El viejo había creado un portal increíble. Las personas no tendrían que esperar más las noticias, ofertas de productos en horarios restringidos de televisión, o través de periódicos y revistas, o por la radio. El señor Davis quería llevar a las casas de las personas todo lo que quisieran en unos pocos clics.

Se llamó Apollo Corporations, o simplemente Apollo, la primera de las Tres Grandezas Virtuales de Etherea.



No llevó ni dos años al señor Davis pagar su deuda al inversor. El sitio de búsqueda no era sólo una fuente de dinero, sino también la página virtual más visitada de todo el mundo. Con la producción y venta de bajo coste de ordenadores y portátiles y la difusión de redes de Internet, cada vez más personas tuvieron acceso a Apollo.

En busca de días más soleados y la posibilidad de correr en la mañana a la orilla del mar, el señor Davis y Aurora se mudaron a Los Ángeles. Tuvieron tres hijos sanos. Una niña y dos niños. La joven escogió la carrera de medicina. Trabajaba en geriatría con pacientes que sufrían Alzheimer. Los dos muchachos siguieron los pasos de su padre. Estudiaron ingeniería informática en una universidad de California y luego se unieron al equipo Apollo, aportando con innovaciones y nuevas alianzas para la corporación familiar.

Con la popularidad y el poder de información de Apollo Corporations, el señor Davis no tardó mucho tiempo en recibir una llamada de Washington, D.C.



Hacía un calor terrible en aquel verano seco de Los Ángeles. En la sala de estar con muebles elegantes, Aurora hojeaba revistas holográficas de vestidos de novia junto a su hija. Las imágenes de vestidos y accesorios aparecían a tamaño real en frente de ellas. Con movimientos firmes en el aire, podían girar las páginas. Usando las dos manos, era posible acercar la imagen e incluso girarla 360 grados. Charlaban sobre los detalles pertinentes. Qué felices eran las madres e hijas que podían sentarse a media tarde para planear celebraciones matrimoniales, pensó Aurora. El aire acondicionado central funcionaba como nunca. Hacía un calor para morir. Los lirios blancos adornaban la mesita de mármol. Por la puerta de doble hoja se veía el océano azul. Era espectacular aquella vista al mar de Manhattan Beach.

No muy lejos estaba el señor Davis. Después de la puerta francesa lateral, se encontraba la biblioteca. Sentado en su escritorio, removía unos borradores de papel en el segundo cajón. Se podía ver que eran dibujos de animales. Eran figuras de perros, gatos y hasta pájaros. En casi todos los dibujos había unos garabatos trazados a lápiz. Era su propia caligrafía. Tal vez fuera un pasatiempo dibujar animales. Tal vez él estaba pensando en algún proyecto. El viejo pareció no encontrar el borrador que buscaba. Levantó la cabeza y pudo ver a su esposa e hija riéndose en la sala de estar. Hacían movimientos contenidos con los brazos como si estuvieran fingiendo vestirse con algo.

El teléfono suena. Con el ceño fruncido, empuja el cajón que aún estaba abierto, sentándose mejor en el sillón. Espera que el teléfono vuelva a sonar una vez más y responde.

- ¿Hola?

- ¿El Señor Davis Smith?

- Sí, soy yo ¿Cómo puedo ayudarle?

- Esto es una llamada confidencial directamente del Congreso Nacional.

- ¿Y con quién tengo el honor de hablar? Preguntó con un poco disimulo el señor Davis.

- Soy el asesor jefe del Senador Scott, de Ohio. Usted ya debe haber escuchado sobre él. No quiero tomar mucho más de su tiempo, sólo necesito preguntarle si usted tendría algún momento disponible para encontrarse conmigo. Son asuntos que le interesarán, se lo puedo asegurar.

El señor Davis, arrugando la frente, recostó la cabeza en el sillón. Era una llamada bastante extraña. Primero porque nunca había recibido una llamada telefónica confidencial. Segundo porque venía del congreso americano. El señor Davis no era hombre de involucrarse en política. Le ponía un poco enfermo. Pero tenía espíritu emprendedor. Y la curiosidad es lo que mueve el mundo de los negocios. Mientras terminaba de escuchar lo que decía el asesor en el teléfono, pensaba en lo que significaría el encuentro. Tener curiosidad era saludable. Y de información el señor Davis entendía.

- Pues entonces te esperaré aquí mismo en Los Ángeles. Eso. La semana que viene. Dijo el viejo astuto.

Los dos acordaron el lugar y la hora para aquel encuentro un poco misterioso. Antes de colgar el teléfono, el señor Davis se dio cuenta que, por ser confidencial, no era posible ver un número específico. Abrió su agenda de bolsillo, anotó la fecha y el horario en que ocurrió la llamada. Un poco más abajo, escribió la hora y el lugar donde encontraría al asesor de Scott.



El día del encuentro pareció hacerse más largo en aquella semana calurosa y nada lluviosa. Incluso con los preparativos del matrimonio de la hija, el señor Davis no podía dejar de pensar en aquella llamada desde Washington, D.C. Era un cierto misterio que un miembro del gobierno americano le estuviese buscando. Él era empresario, nunca se había involucrado en política. Vivía, incluso, muy lejos de la capital del país. Esa historia de senador de Ohio parecía mal contada, pensaba el señor Davis. No había mucho que hacer. Lo único que podía hacer era esperar que el día de la reunión con el asesor llegara y ver que querían.

Se preparó para correr como cada mañana. Con sus tenis blancos de suelas adaptables, se puso un pequeño pañuelo en la cabeza y salió a correr. Antes de salir de casa, se puso un pequeño clip en la punta de la oreja. Se llamaban *earonics* - los más modernos auriculares. No eran nada más que unos

pequeños clips de metal súper ligero que retransmitían sonidos a través de ondas bastante poderosas. Los earonics eran capaces de producir música a través del contacto. La gente no necesitaba solamente escuchar música. Tenían la opción de sentir la música también. Ese pequeño clip estaba siendo todo un éxito en las *house parties* alrededor del mundo. Incluso en Alemania, las discotecas más famosas eran aquellas donde todos estaban conectados por los sonidos y sensaciones que los earonics podían producir.

En la costa, el señor Davis podía olvidarse de las ajetreadas conferencias online, de las interminables reuniones sobre las páginas web y de los constantes proyectos tecnológicos en los que estaba involucrado. El viejo amaba lo que hacía, pero una persona siempre debe apartarse un poco de las cosas que más ama.

Sentir *Saudade* es un factor importante en la manutención de los grandes sueños.

Y eso era todo. El señor Davis corría diariamente entre las 6 y 8 de la mañana. Una hora para ir y otra para volver. Había días incluso en los que se arriesgaba y se tiraba al bendecido mar. Después se sentaría en la arena de frente a la casa que había comprado cuando dejaron Michigan. Él siempre había querido vivir frente al mar y entonces cuando le tocó el gordo, la compró. El hogar, nada pequeño, era blanco y gris claro. En el jardincito de delante, tenía siempre lavanda y romero plantados. Dependiendo del año, girasoles.

A las 8 de la mañana Aurora probablemente todavía dormía. Ella veía absurdo que su marido saliera a correr tan temprano. Charlie estaba de acuerdo. Antes del éxito de Apollo, la esposa del señor Davis trabajaba en una floristería heredada de su padre. Aprendió a cultivar varios tipos de bonsái, flores exóticas y otras plantas más simples. Cuando ya no tuvo la necesidad de volver a trabajar, decidió dos cosas: que cuidaría de su propio jardín como terapia, y que escribiría cuentos como vocación. Además, no tardaron en llegar los tres hijos. Aurora era tan necesaria en la vida del señor Davis como aquel préstamo de millones de dólares.

Con el tiempo, él había aprendido que el éxito no sólo dependía del mundo profesional, si no de las personas con quienes uno se aliaba.

El día de la reunión había sido programado para un jueves. El asesor del Senador Scott había escogido un bar en el ático de un edificio en el centro de Los Ángeles. Algunos de esos lugares eran famosos por ser *anti-tech*, o sea, no era posible entrar con ningún tipo de tecnología. Teléfonos, auriculares inalámbricos, earonics, tabletas holográficas, anillos-reloj, nada estaba permitido. Antes de entrar al bar, fue necesario guardar los dispositivos electrónicos en un armario.

A muchas personas les gustaba ir a ese tipo de establecimiento sólo para desconectarse un rato de la vida virtual. Las parejas en primeras citas, señoras jubiladas, hombres de negocios, celebridades y políticos, indiscutiblemente, eran el tipo de personas que más frecuentaba los ambientes anti-tech

Esa era una de las razones por las que el señor Davis andaba tan pensativo en aquella semana. Él nunca había tenido una reunión o encuentro en un lugar así. Por un lado, tenía curiosidad de saber cómo sería tal experiencia. Por el otro, sabía que discutirían sobre un asunto serio.

Habló con su esposa sobre la reunión. Ella no estaba de acuerdo, pero acabó aceptando debido a la curiosidad de su marido. Elucubraron razones por las que un senador desde tan lejos querría verse con el señor Davis. Obviamente tenía que ver con Apollo. Tal vez hubiese algo comprometedor sobre el senador Scott online y deseaba que fuese borrarlo. Ese tipo de peticiones no eran muy inusuales.

Había, dentro de la Apollo Corporations, un sector que se encargaba solamente de eso. Se pagaban cantidades exageradas por la desaparición de mensajes, o fotografías comprometedoras. Verdaderas fortunas se gastaban en limpiar el nombre de cualquier persona. Pocos tenían los recursos para hacerlo, claro. El señor Davis, junto a personas más cercanas a la corporación, sabía que la destrucción total de esas imágenes o mensajes no era posible. Etherea siempre ofrecía la posibilidad de rescatar cualquier tipo de información allí existente. Era como una supermemoria que siempre podía recordar cualquier cosa. Lo que Apollo Corporations hacía era colocar los datos numéricos de esas memorias en una caja fuerte virtual. Para acceder a ellas, se necesita una clave codificada. Después de pagar por la desaparición de la información, el cliente recibía una copia de la clave de su caja fuerte. La clave original permanecía con Apollo Corporations.

Pero el señor Davis ya se había certificado de que no había absolutamente nada comprometedor sobre la vida del senador en la red virtual. El encuentro

sería algo más interesante de lo que había pronosticado. Aurora asintió.

El día antes de la reunión, el señor Davis no corrió mucho. Se quedó en la playa prestando atención a los drones de la guardia costera que frecuentemente sobrevolaban la playa. A veces chocaban con alguna ave marina, pero era algo extraño de ver. Trabajó bastante con sus dos hijos durante la tarde y después, cuando el sol se puso, quiso sentarse en el balcón. La señora que trabajaba en la casa durante la semana le trajo, en una bandeja metálica, un buen bourbon *añejo* en un vaso con hielo hasta la mitad.

Con chanclas y bermudas, el viejo astuto disfrutó de aquel trago maravilloso. Movi6 el vaso para que el hielo se mezclara más con el líquido y dio otro trago. La marea ya estaba un poco cambiada. Los surfistas intentaban coger las olas del final de la tarde. Unas jóvenes extendieron una toalla roja clara en la arena - ¿Iban a hacer un picnic al atardecer? ¿Serían las novias de los surfistas? No supo decir. Desde el aeropuerto, salían incansables vuelos. Los aviones de primera clase tenían los laterales y la parte del techo de material transparente. El año anterior, el señor Davis había dado una sorpresa a su familia con un viaje al norte de Islandia. Durante el viaje, reclinaron las butacas y pudieron ver la aurora boreal iluminar sus rostros y gran parte del cielo por encima de sus cabezas. Esa luz verde fluorescente era un auténtico espectáculo. Parece que alguien invisible lanzaba hechizos durante la noche. En aquel año, era todavía muy temprano para saber que las luces de la aurora boreal poseían poderes curativos. Más o menos otra década sería necesaria para que fuera posible almacenarlas de manera apropiada. Esos años hubieran sido tan importantes para la humanidad que un día se llamarían *decenio de las luces*.

Bajo la capa de la brisa delicada, las lavandas se movían uniformemente. Era casi la hora de la cena y ya se podía percibir el olor de comida que venía de la cocina. El horizonte comenzaba a ponerse anaranjado. El señor Davis bebía la puesta del sol directamente de la copa de cristal que tenía en su mano izquierda. Más tarde, boca arriba, durmió para un gran día.



No corrió el jueves por la mañana. Bajó las escaleras con un poco de prisa. Se encontrarían a las 14 horas en el centro de Los Ángeles. Con suerte,

llegaría allí en una hora en coche. Podría ir en el *superfast* también, pero pensó que ir en coche sería más tranquilo. Los *superfast* eran uno de los últimos medios de transporte creados por Apollo Corporations junto con la agencia espacial. Eran vehículos que viajaban a velocidades extremadamente rápidas a través de avenidas creadas en el aire. Básicamente, se desarrolló una tecnología capaz de crear conductos móviles por el aire de las metrópolis. Los conductos eran ampliados por fuerzas dilatadoras de manera que, dentro de ellos, objetos podían ser transferidos de un lado al otro en un chasquido de dedos. Los correos de los grandes centros económicos sólo funcionaban así. Para el señor Davis los *superfast* no eran sus favoritos porque 1) él amaba ir en coche y 2) a veces salía un poco tonto de esas rutas súper rápidas.

Había dos opciones disponibles para tomar el *superfast*. Se podía caminar hasta una parada-fast, la antigua parada de autobús. O se podía pedir un *superfast* privado, que llegaría a la residencia del cliente. En Nueva York era un poco aterrador, pensaba el señor Davis. Allí había visto a la gente subir desde la ventana de sus apartamentos. Para quien tenía miedo de las alturas, aquella cosa era algo inaceptable. Pero se hizo tan popular dicho medio de transporte que varios edificios en la isla de Manhattan ya habían descatalogado las ventanas. Las reemplazaron por los *windoors*- una especie de ventana-puerta. La arquitectura hacía sus maravillas, también.

El señor Davis había decidido él mismo conducir el coche. No quería ningún conductor. Aurora le regañó. Debía estar fuera de sí para querer ir conduciendo por ahí solo. Cosas violentas sucedían en Los Ángeles también. Se escuchaban noticias de casos terribles en Korean Town. Todo eso pensaba la esposa. Y con razón, al final el marido era el dueño de la mayor corporación virtual existente. Su cara aparecía en revistas y periódicos. El año anterior, ¡había sido invitado a la edición especial de Winfrey's Celebrities! – programa anual que se televisaba durante de semana del Día de Acción de Gracias.

Después de trabajar un poco en la oficina del tercer piso, el viejo bajó para almorzar ya vestido para la reunión. Pellizcó un trozo espárrago con sirope de fresa y comió un poco de risotto de calamares que parecía una delicia. Antes de salir, cambió las lentes de contacto por las gafas con marco redondo de color naranja. Salió al jardín trasero, abrió el garaje, se sentó en el alto y cómodo todoterreno. Ajustó los espejos, arrancó y salió.



El trayecto fue tranquilo. Le gustaba observar los nuevos viaductos de acrílico que estaban siendo construidos a los lados de Santa Mónica. Las compañías especializadas en nanotecnología poseían las acciones más altas de la bolsa de valores. Los edificios curvados salían de una cuadra y terminaban en otra - proyectos residenciales sostenibles que captaban la mayor cantidad de luz solar en su estructura. Había leído en alguna revista que esas nuevas construcciones podían desprenderse del suelo por algunos minutos en caso de terremotos. En Japón, ya existían condominios de este tipo en alta mar. En caso de tsunamis, se sumergirían bajo el agua hasta que el peligro pasara. Con esa hazaña de la ingeniería, el tamaño territorial japonés había aumentado en un tercio ya.

En Los Ángeles se habían extinguido los semáforos. En cada cruce, había un desestabilizador de velocidad en el subsuelo. La dirección de tráfico de California exigía que cada vehículo en el estado poseyera un motor adaptado a los desestabilizadores. Eso había originado una de las mayores batallas entre la ciudad y las compañías productoras de automóviles. Sin embargo, incentivó la producción nacional ya que era una tecnología americana.

A ese ritmo seguía al señor Davis hasta llegar al lugar del encuentro. Entre cruces automáticos y vías de rápido acceso, finalmente llegó al centro de la ciudad.

El edificio de ochenta y dos pisos se llamaba Edén. El último piso de la infraestructura se desplegaba de la torre principal. Cada dos horas se posaba de nuevo sobre el resto de la estructura y, así, salían y entraban clientes. La recepción con consignas para los dispositivos electrónicos quedaba en la planta baja que no se despegaba.

Desde la planta baja hasta el ático, el edificio tenía dos laterales completamente blancos. Los otros dos laterales eran de cristal. El ascensor, también transparente, subía y bajaba por el centro del edificio. Desde fuera, se podía ver el intenso movimiento de sus arterias llenas de gente.

Al entrar en el ascensor, algunas personas se hicieron señas, apuntando con sus ojos a aquel señor tranquilo que se unía a la subida panorámica. Algunos se arriesgaron a desearle una buena tarde al viejo, dueño de Apollo Corporations. Una mujer con rasgos asiáticos, vestida en un traje de chaqueta

verde musgo, iba con su perro de servicio.

- ¿Se permiten los perros? Preguntó el señor Davis.

- Sí, pero sólo para las personas que tienen problemas de salud. Como tengo crisis epilépticas de vez en cuando, Bobby viene conmigo. Respondió la mujer.

- Ah comprendo. Dijo, pasando la mano en la cabeza del perro sonriente.

De repente el elevador paró. Habían llegado a la plataforma donde se posaba el ático flotante del edificio. El techo era metálico, de color plomo. Cuando era la hora de la entrada y salida de clientes, la estructura se abría, permitiendo que el ático quedara acoplado a aquella especie de plataforma. Descendía una escalera que circundaba la gran sala y, de esa manera, subían clientes por un lado mientras otros bajaban por el lado opuesto.

En el momento en el que el reloj anunció que quedaban dos minutos para el aterrizaje del ático, el señor Davis acabó de guardar su teléfono y su reloj en una consigna. Después de llegar, dijo su nombre a la joven responsable de la recepción. Ella le había entregado una llave-imán que tenía una mini pantalla. Al acercarse la llave a la cara, el viejo pudo leer las siguientes palabras: *teléfono, reloj de pulsera*. Levantó la cabeza y preguntó a la muchacha cómo la clave sabía de los elementos que debía dejar guardados.

- Los últimos 5 pisos del edificio poseen Rayos X, señor. Detecta los elementos que están prohibidos en el piso móvil. Respondió la muchacha, sonriendo.

En los últimos cinco segundos, el reloj parpadeó silenciosamente hasta llegar al número cero. A la vez que el techo de metal se abría, dos escaleras se iban formando en los laterales de la sala circular. El señor Davis fue el primero en empezar a subir.



El piso flotante era un salón enorme. Tenía los laterales y el techo de cristal megafino. Sobre el centro, donde se encontraba el bar en forma de círculo, un candelabro de techo gigantesco llamó su atención. Era de color verde-esmeralda y verde-agua que contrastaban con las plantas que colgaban alrededor de toda la estructura. Literalmente era un jardín aéreo, pensó el señor Davis. Vio maceteros grandes repletos de flores exóticas. Notó algún

que otro colibrí revoloteando por el lugar. La música era de jazz, pero no supo distinguir quién cantaba. El lugar, que era espacioso, tenía mesitas y sillas cómodas por todas partes. En algunos puntos, no era fácil distinguir quién era quién. Las parras repletas de uvas formaban paredes divisorias y se extendían por encima de algunas mesas. Eran mini ambientes asombrosos donde uno podía percibir las barreras de sonidos que habían sido impuestas. Con dificultad, se podían leer los labios y reconocer las expresiones faciales. Los sonidos, sin embargo, no.

El señor Davis continuó caminando hasta que un camarero vino a su encuentro.

- ¿El señor Davis Smith?

- En carne y hueso. Respondió el viejo.

- Su mesa queda en el jardín de las glicinias, allá en el fondo. Dijo el joven, apuntando al final del salón.

- ¡Gracias!

Durante el no tan largo trayecto, el señor Davis iba mirando cada detalle. Pasó por el jardín de las bromelias, de las buganvillas, después por el diminuto rincón de las orquídeas. En este último vio una cantidad enorme de mariposas. Paró durante unos segundos, y una azul claro se posó en su dedo índice. Trató de tocarla con la otra mano y, justo cuando lo iba a conseguir, el insecto salió volando. ¡Era un holograma! Gran idea, balbuceó. El lugar estaba repleto de insectos y pájaros - y todos eran hologramas de alta definición.

Llegó, finalmente, al jardín de las glicinias.

Pasó por la puerta de flores revestida de ramos de color lila. Algunas abejas hacían laboriosas visitas de flor en flor. El ligero perfume dulzón habría gustado a Aurora, pensó. Al entrar, pudo percibir que las flores y ramas cubrían toda la parte superior de la salita. Por esas bellísimas ramificaciones, se veían mini farolitos por allí y por allá. Posiblemente iluminaban el ambiente durante la noche, reflexionó. Pero como eran las dos de la tarde en punto, el jardín de las glicinias, con su suelo de piedras, le recordó al de un pueblo cualquiera en el sur de Italia. Cuando terminó de observar el entorno del lugar, el señor Davis posó sus ojos sobre un joven sonriente, que parecía bastante tranquilo en su traje azul marino y corbata roja.

- Déjame tener el gran placer de saludarle, señor Davis Smith. Es un honor poder conocerlo personalmente. Me llamo Andrew Rogers. Dijo el efusivo muchacho, con cabellos perfectamente alineados.

- El placer es mío, Andrew. Bonito lugar este. Habló el señor Davis, extendiendo el brazo para un apretón de manos firme y corto.

Al lado de ellos ya se encontraba un camarero. Asintió con la cabeza, en silencio.

- Para mí, un martini, ¡por favor, mi amigo! Habló Andrew.

- Para mí... un té de menta helado. Con bastante hielo, pidió el viejo, con una risa seca.

- ¿Ni un bourbon, señor Davis? Incitó sonriendo el asesor, un poco desconcertado.

- No, no... Es que he venido conduciendo hoy. Usted sabe, no quiero problemas con los guardias de tráfico. El piloto automático se rompió y aún no he tenido tiempo de repararlo. Se rio el señor Davis.

- ¡No se preocupe! Todo está bien...en el peor de los casos, usted sabe que siempre puede contar con Washington, D.C. Dijo el joven alegre, guiñando el ojo izquierdo.

El señor Davis soltó otra risa seca. Pero en algún rincón silencioso de su cabeza, se acordó de la fama un poco alcohólica de la capital. Su plan estaba funcionando...conducir había sido el primer éxito para no caer en la trampa de aquel asesor. El viejo sabía que en Washington grandes carreras se habían ahogado en whisky. Era bueno tener todo bajo control con aquella gente.

- ¿Té helado, entonces? Bromeó el asesor.

- ¡Por supuesto, señor Rogers! Respondió el señor Davis.

Entonces el camarero se dirigió hacia el bar.

Andrew parecía bastante cómodo. Había ensayado su presentación. Hablaron brevemente de sus estudios en una universidad de Ohio y de cómo había conocido al senador para quien trabajaba hacía unos ocho años. Como las bebidas no tardaron en llegar, el señor Davis pronto percibió que el muchacho estaba casi listo para desembuchar. Y hablar sobre el verdadero motivo por el cual había volado hasta California.

Después del primer trago, el muchacho se quitó la chaqueta y lo puso en la silla al lado. Un detalle llamó la atención del viejo. Los ojos azules del señor Davis se fijaron en un descuido del joven. En la muñeca, llevaba un reloj. El viejo, haciendo la vista gorda, miró alrededor, a través de las flores, otros lugares cercanos. Vio una pareja brindando, dos viejitas jugando a las cartas en el jardín de los tulipanes, y no muy lejos, a la mujer del perro. Ella parecía estar escogiendo algo del menú.

- Bien, señor Davis. No pretendo tomar mucho de su tiempo, pero estoy aquí por una propuesta bastante interesante tanto para usted, como para el Senador Scott. Dijo Andrew, trayendo la mirada del señor Davis de vuelta al jardín de las glicinias.

- Me interesa mucho saber cuál es esta propuesta, señor Rogers. Añadió, mientras movía el té helado con una pajita.

El muchacho, entonces, tomó un trago de su bebida. Se recostó en la silla cruzando una pierna sobre la otra, antes sonreír al calmado y viejo Davis.

- En tres años tendremos elecciones presidenciales, como bien sabe, ¿verdad?

- Correcto.

- Estoy seguro de que también sabe sobre el bloqueo interestelar con China...

- Correcto.

- El Senador Scott está aspirando a ser candidato para la presidencia de Estados Unidos. No es secreto para nadie que antes o después un republicano gane. Entre Scott y el otro adversario, el único capaz de poner fin a los avances chinos en el espacio y proteger los intereses del mundo occidental es mi jefe. Usted sabe muy bien las consecuencias que esto traería si China aterriza primero en un planeta viable para la vida humana...

- Evidentemente. Dijo el señor Davis, con voz un poco distante.

- Usted también es consciente de que para que exista un presidente, él debe ser elegido. Yo estoy aquí, en nombre de gran parte del Congreso americano pidiéndole apoyo, indirecto, a la candidatura de Scott.

- ¿A qué se refiere? Preguntó, sin moverse de la silla.

- Necesitamos un número exacto y garantizado de votos para nuestro candidato. Apollo posee la mayor memoria de datos en Etherea. Necesitamos llegar a las computadoras y perfiles virtuales de esos usuarios para convencerlos a votar al partido republicano más conservador. Sería una elección extraordinaria, Scott sería elegido y empujaríamos la economía china de vuelta al siglo pasado. Usted también debe saber que una de las tres lunas nuevas descubiertas indica la posibilidad de que haya un planeta gemelo a la Tierra...

- ¿Cómo lo sabes? Se sorprendió el señor Davis.

- Nosotros no somos, ni de cerca Etherea, señor Davis... Pero todavía tenemos maneras de conseguir cierta información. Dijo el asesor dando una

carajada larga y peinándose el cabello con la mano.

- ¿Puedo hacerte una pregunta?

- Todas las preguntas que quiera, señor Davis. El Congreso está a su disposición.

- Supongamos que Scott gana las elecciones y que en esos próximos tres años las misiones interestaciales no hayan puesto los pies en la otra Tierra. ¿Cómo sería posible cesar las misiones chinas a las tres lunas? Ellos no están muy lejos de dar el paso. Hasta ahora, la NASA aún no ha podido cartografiar la ruta probablemente más corta para aterrizar en nuestra hermana gemela. Estamos teniendo interferencias en la red. No sabemos quién o qué está dificultando la velocidad de nuestras conexiones virtuales allá arriba. En el espacio, Ethera es más lenta de lo que habíamos previsto.

- También estamos pendientes de eso, señor Davis...

- No es nuevo que el mundo no puede parar los avances chinos. ¿Cuál es su plan?

- Este es un detalle que depende de nuestro acuerdo. Dijo el asesor, mirando seriamente a los ojos del interlocutor.

Por un momento, el viejo sentía que alguien le estaba observando. Aprovechó el momento más álgido de la conversación para tomar un poco de su té helado y echar un ojo alrededor. El asesor hizo lo mismo, pero parecía más tranquilo que el señor Davis.

En lo alto, se notaba un racimo de glicinia floreciendo lentamente. ¿Sería eso un holograma? Era impresionante el ático de ese edificio. Sólo en este momento que el viejo pudo observar que el salón giraba lentamente. Poco a poco, se podían ver las diferentes partes de la ciudad de Los Ángeles. Movi6 los ojos a la izquierda rápidamente y encontró la mirada de la mujer asiática. Un poco desconcertada, ella le sonrió brevemente. Se había puesto colorada, notó el señor Davis.

La voz serena del asesor paró su pensamiento:

- Hace casi un año Apollo Corporations vendió un increíble software climático para controlar las inundaciones de Nueva Orleans. ¿Usted se acuerda de eso? Preguntó Andrew.

- Absolutamente. ¡Trabajé meses en ese proyecto magnífico!

Los dos hombres pasaron una fracción de segundo mirándose el uno al otro. Andrew se comió la aceituna que estaba en el fondo de su copa de martini antes de sonreír por última vez aquella tarde. Un clic hizo eco en algún

punto oscuro de la cabeza del señor Davis.



Eran las tres y dieciséis minutos cuando el viejo arrancó el coche negro que lo había conducido a aquel encuentro curioso. Como su cabeza estaba absorta en pensamientos, prácticamente no notó el transcurso del trayecto. Poco después de las cuatro ya estaba bañándose en el mar.

Si había algo que calmaba al señor Davis, tal cosa era el mar. Para él, había algo misterioso en las aguas del océano. Siempre salía rejuvenecido después de algún que otro chapuzón. Solía decir que el mar era su gran consejero. Le gustaba pensar que las cosas de la naturaleza también tenían vida y pensamientos propios.

Buceó y nadó por más o menos una hora, después se sentó en la arena, abrazándose las rodillas. Al horizonte vio un barco rojo y negro que navegaba lentamente. El barco chocaba con las olas del mar. Parecía que no tenía muchas ganas de seguir. Una ola de tamaño medio se levantó sin prisa y, en su cresta, el señor Davis avistó un pez muy grande. Era largo y hasta un poco carnoso. Si tuviera un arpón, lo hubiera pescado sin problema. Sería un buen asado, pensó.

Desde el balcón de la casa, Aurora miraba fijamente a su marido. Algo extraño había pasado en el encuentro de aquella tarde. Ella conocía a su esposo muy bien. Esperaba a después de cenar, que era cuando el marido le gustaba sentarse en el balcón y charlar sobre el día. A veces, tomaban una copa juntos. A veces se quedaban allí en silencio, sin nada que hacer o discutir. En esas tardes el amor le parecía más vivo, pensaba Aurora. Conocer a alguien en el silencio era una de las mayores lecciones del matrimonio.

La exuberancia del lugar donde el señor Davis había estado unas horas antes no le salía de la cabeza.

Recapituló aquel encuentro con las imágenes fotográficas que tenía en la memoria. Desde que estacionó el automóvil hasta el momento en que se dispuso a marcharse. Toda aquella estructura desconocida, el ascensor de alta velocidad, los Rayos-X de los últimos pisos, el techo que se abría de manera circular. Después, aquellos jardines tropicales, mediterráneos... Los insectos y pequeños pájaros en holograma. Era todo muy metódicamente perfecto y

agradable. La mujer asiática del perro. Sus ojos tomados por sorpresa. Y la sorpresa venía la teatralidad. La escenificación sólo existe en medio de la concentración. El buen actor sólo puede ser desenmascarado por sorpresa. ¿Qué representaba aquella mujer? ¿Sería el perro también parte de su obra? ¿Y por qué llevaba Andrew un reloj en la muñeca? O los Rayos-X, de algún modo, no eran perfectos, o alguien estableció que aquel accesorio pasara desapercibido. Todo eso pensaba el señor Davis siguiendo con los ojos un avión que acababa de despegar.

Entonces la propuesta indecente era para que se aliara con una campaña republicana que tenía como objetivo principal la destrucción económica de China. El pacto que proponía Andrew implicaba hacer que los ciudadanos estadounidenses votaran por Scott. Para eso, era necesario la divulgación de información en masa, y a diario. El asesor también había mencionado las técnicas de sonido y color, que manipulaban el subconsciente de las personas a través de canciones, fotografías y objetos en general. Básicamente, a través de información sobre preferencias, Apollo enviaría sugerencias de exposiciones, espectáculos, nuevos establecimientos como bares y restaurantes para que se formaran grupos electorales. Es decir, reunir miles de personas de acuerdo con sus apetitos e intereses similares proporcionaba una oportunidad de dar a conocer las ideas del candidato a la presidencia. Dentro de esas mini agrupaciones, casi espontáneamente emergería, la campaña de Scott. Y de ahí, más y más votos. Lo importante era, inicialmente, crear la sensación colectiva de que Scott era el favorito.

Pero el gobierno necesitaba a Etherea. Sin ella, no había como establecer una campaña victoriosa. Y uno de los lados del Congreso necesitaba de esa victoria inmediatamente. Apollo ofrecería esta garantía. Los genes de Etherea informarían, con casi cien por ciento de fiabilidad, las posibilidades de victoria de algún candidato. Estas posibilidades eran fácilmente alterables siempre que las campañas virtuales subconscientes empezasen con tiempo. Y eso era lo que buscaban a los republicanos en el jardín de las glicinias.

Al señor Davis no le gustaba ni pensar en el valor que Andrew le había ofrecido a cambio de un contrato. Primero porque no necesitaba el dinero. Segundo porque se sintió corrompido. Llevar a la espalda el precio de la corrupción tal vez fuera más fácil en Washington, Moscú, Brasilia..., pero no para el mayor empresario del mundo físico y virtual.

El detalle principal del encuentro con el asesor no terminaría ahí.

2 LA SEGUNDA GRANDEZA

Un ser humano, en su más profunda esencia, no existiría sin otro. A lo largo de la existencia, el hombre siempre buscó la colectividad. Incluso un tirano o un gran dictador necesitaba subordinados. La humanidad no era posible en aislamiento. Ya estaba sentenciado. Los ritos, pactos, diferentes formas de naturalezas se habían creado de tal forma que el poder pudiera existir. Porque el poder tampoco valía nada en soledad. Alguien tenía que ser dueño de algo. El movimiento humano se contorsionaba hacia la multiplicidad. El mundo asistió al éxito y destrucción de diversos imperios. Venció siempre el lado de la tecnología. Los egipcios sobrepasaron el Nilo. Se levantaron misterios faraónicos. Los Incas se esparcieron como rayos de sol en tierras andinas. Los portugueses domaron los grandes mares con la ayuda del poderoso timón.

Los estadounidenses y chinos se encaminaban hacia el gran cambio del siglo: el espacio.

Un chico bajito de caderas anchas se sentaba en la segunda fila de la clase de Economía II cuando pensó en una posibilidad.

Ni de cerca había sido el tipo de alumno popular. Cuando era joven, en el interior de la Florida, sufría *bullying* por ser bajo y un poco tartamudo (cosa que casi había desaparecido en la edad adulta). Constantemente se acordaba de aquellos días horribles en que las profesoras se hacían las sordas para no interrumpir las leves ofensas de los colegas.

Siempre sacó buenas notas. En las clases de artes y ciencias demostraba gran creatividad. Se ubicaba en el lado *nerd* de la población escolar. Los padres divorciados no ayudaban mucho en la crianza de aquel niño inteligente.

El padre rico había dejado a la madre pobre. El juez del divorcio era amigo del hombre y Florida no era un estado propicio para escuchar a las mujeres independientes. Se cerró el caso con un golpe de mazo que dio la custodia a la madre, y la mayor suma de fortuna al padre.

Pidió la transferencia de la primera escuela secundaria después de un tiroteo que mató a doce estudiantes. Pidió la transferencia de la segunda cuando la madre consiguió trabajo en Virginia. En la tercera, no había posibilidad de salir. Terminó los estudios online, sin la interrupción de los pasillos fríos y subversivos de la escuela.

Se convirtió en hombre Mason Hadeson. Había sido aceptado en tres prestigiosas universidades americanas de la costa este. Eligió la que tenía sus colores favoritos.



En su último año, diseñó una aplicación donde las personas se conectarían con familiares, amigos, desconocidos. Había creado una herramienta realmente poderosa. Era necesario hablar con personas que hacían tecnología de la información, pensó. Ellos sabrían cómo poner en práctica tal idea.

Para el mundo virtual, quedó claro que las ideas más excepcionales parecían siempre nacer en terrenos áridos. ¡Los que tenían el poder del agua, que regasen tales tierras! Los brotes más valientes eran aquellos que no se rendían. El éxito, antes que todo, era lo que daba ímpetu en los primeros días. La semilla que es mira al calor y la sed con la esperanza de sobrevivir, el día que conoce la lluvia se convierte en árbol.

En un día blanco y silencioso del invierno costero, Mason llamó a su padre. Le pidió un préstamo. Antes, por supuesto, explicó su proyecto. De la ventana del segundo piso, observaba la nieve acumulándose en las ramas del ciprés. Mientras le daba a su padre unas noticias un poco obvias, veía el mundo en hielo. El color blanco era la ausencia de todos los colores. Era imponente, pero solitario. Las huellas que alguien había dejado en la acera iban desapareciendo conforme los copos de nieve caían uno sobre otro. Quizás algún niño jugaba hockey con su familia en un lago cercano. Era común que los padres llevaran un termo con bebidas calientes a sus niños jugadores. Después del entrenamiento, se veían los rastros en el hielo. Las cuchillas de

los patines dejaban marcas de movimientos largos y abruptos. Sobre una rama alta de árbol cualquiera, una ardilla abrazaba a su hijo. El río Potomac parecía dormido. Separaba dos ciudades frías en aquella mañana.

El padre, que de cosas virtuales poco entendía, no dejó de prestar atención a lo que decía el muchacho. Eso olía a dinero. Y, siendo zorro viejo de negocios, no perdería la oportunidad de participar en tal proyecto. Ofreció dicho préstamo, pero antes quería asegurarse de que su hijo garantizara los derechos de la creación de dicha aplicación.

Dos meses después, Mason tenía la gran cantidad de dinero en su cuenta. Llovía en el desierto.

Un año y medio de después, pagó no sólo el préstamo, sino también el cuarenta por ciento de interés que el padre le había pedido. La nieve ya no parecía tan triste a los ojos del joven Mason. Desde la azotea en Prospect Street, el hielo ya no congelaba la acera con tanta facilidad. En los inviernos que siguieron, ningún mamífero hibernó más que el zorro.

Cinco años más tarde, su aplicación enviaba sugerencias de vestidos de boda a la página personal de la hija del señor Davis.



Mientras la joven corporación acumulaba sólidos dígitos, se fue expandiendo su poder de compra y creación de otras aplicaciones y softwares. Así fue como la Mason's Corporations se convirtió en la grandeza número dos de Etherea. Todavía había una enorme diferencia entre el poder de información y poder adquisitivo de Apollo y Mason's Corporations. Pero desde su balcón perfumado, el señor Davis observaba todo plácidamente. Al viejo le gustaba dejar pasar las cosas desapercibidas hasta cierto punto. El buen sabio era aquel que jugaba sigilosamente. En las cartas de la vida, las grandes rondas se cerraban en silencio. Desde Los Ángeles, el señor Davis vigilaba la costa este. Al enemigo hay que tenerlo cerca, pensaba él.

La gran mayoría de las redes sociales lanzadas al mercado eran rápidamente compradas por Mason's. Se creaba una aplicación de memorias y enseguida se leía en algún noticiero que Mason's Corporations ya había ofrecido una pequeña fortuna por la compra. Si un inocente blog de fotos salía en alguna parte de Brasil, ¡boom!, una oferta de unos pocos millones traía la

herramienta virtual a las manos de Hadeson. Y así, en unos pocos años, Mason's pudo conseguir amplio espacio dentro ventas virtuales. De las compañías publicitarias, brotaban ríos de dinero de ventas de productos de los más diversos.

Mason's tenía una cierta ventaja sobre algunos de los datos de información. Ya que la mayor parte de la empresa se basaba en perfiles públicos, los datos recibidos en Etherea poseían mucha precisión de opiniones sobre consumo, y sobre la subjetividad de las personas.

De todas las conversaciones de chat, comentarios en fotografías, likes y *posts* en general, Mason's Corporations acumulaba números que, al poco tiempo, indicaban aspectos muy evidentes sobre la personalidad de los usuarios. Por el número de palabras y expresiones, Mason's había construido, con altísimo grado de fiabilidad, un rastro en el subconsciente de las personas. Algoritmos complejos y diversos formaban individuos en el mundo virtual.

En Etherea, se podía hacer previsiones y también definir el futuro de diversos humanos basado en toda la información de perfiles virtuales.

Por ejemplo: Una empresa que abriera las puertas en Buenos Aires deseando contratar empleados por poco dinero. Por no poder, o querer, ofrecer salarios vigorosos. Alguien infeliz en Montevideo comentaría en sus conversaciones privadas con sus amigos la intención de mudarse a cualquier lugar a toda costa. Después de firmar un contrato, Mason's Corporations enviaría una lista enorme de personas en situaciones parecidas a dicha empresa. Así, como pura coincidencia, un anuncio de empleo en Buenos Aires aparecería en los e-mails, noticias y ofertas de trabajo para un público bastante específico en lugares aparentemente al azar como Santiago, Asunción, San Pablo, La Paz, Caracas, Bogotá...

Ese hábito cambió la vida de muchas personas, otorgando beneficios favorables y también provocando grandes quiebras económicas.

La cosa sólo se convirtió en algo realmente serio después de aquel día en que el señor Davis salió del encuentro en el jardín de las glicinias. Antes incluso de que el viejo abandonara del Edén flotante en aquella tarde extraña, Mason Hadeson emprendía un camino sin vuelta. Junto a él, se aliaron poderosos protagonistas de la inolvidable *Gran Guerra* que estaba a punto de comenzar.



Durante toda la semana, el señor Davis pasó la mayor parte del tiempo en la sede de Apollo Corporations, en Seattle. Allí residía el servicio de inteligencia secreta de su corporación. De vez en cuando, un equipo formado por los mayores arquitectos e investigadores virtuales trabajaba bajo protección de una barrera numérica que no permitía trazar sus movimientos en Etherea. Había una sala específica para eso - se llamaba el *Void*.

El *Void* habría sido, para el señor Davis, una de las últimas creaciones más eficaces de Apollo Corporations. Era un arma silenciosa, pero de increíble alcance. Era el punto intermedio del universo virtual. La sala de operaciones no permitía la entrada de absolutamente nadie. Ni siquiera del propio creador. Sería un poco absurdo imaginar la entrada física en esa sala, ya que no tenía ventanas, ni puertas. Por lo demás, lo que entraba allí eran sólo los pensamientos de los miembros del servicio de inteligencia junto al señor Davis.

El *Void* era una sala blanca resplandecida por la iluminación estelar que venía de la antesala. Los rayos de luz atravesaban la estructura de carbono que formaba las paredes de la habitación. En el exterior sólo, se sentaban las personas que iban a pasar. Generalmente el señor Davis visitaba el *Void* solo.

Ningún otro humano podría tener acceso al *Void* ya que la llave de entrada era la combinación de elementos químicos presentes en el cuerpo del viejo junto con la contraseña mental que él sólo sabía. De nada serviría robarle las huellas digitales, o contraseña si un día alguien quisiera acceder al *Void*. Para poder acceder al panel de control, la máquina debería reconocer todas las partículas correspondientes con la fórmula vital encontrada solamente en una persona en todo el universo: la del señor Davis.

Por lo tanto, él era el único controlador del *Void*.

Una vez que el rápido reconocimiento molecular terminaba, el portal accedía a la contraseña de la combinación sensorial creada por el viejo. La clave secreta estaba guardada en un recuerdo. En cualquier punto de aquella escena de memoria, el señor Davis había archivado la combinación sensorial. Para que el panel de control aprobara su entrada, era obligatorio que el viejo revisara esa memoria de modo que pudiera escanear la contraseña.

Sentado en el asiento principal, el señor Davis cerró los ojos con calma.

Se concentró en el silencio que le rodeaba e hizo un pequeño esfuerzo para evocar un momento en su memoria.

Estaba a punto de acceder al Void.

El recuerdo comenzaba con el olor del mar y luego se podía ver Manhattan Beach desde arriba. Todavía no había sonido en aquel mini filme de memoria. Desde una perspectiva lateral, el señor Davis se veía corriendo y llevando sus pantalones de deporte gris claro. Escuchaba música. Dos señoras pasaron con sus cortavientos coloridos. Llevaban dos perros con correa. Un gran grupo de gaviotas parlanchinas se acercaba a la arena.

Era necesario concentrarse mucho porque era difícil reconstruir los recuerdos desde dentro del propio cuerpo. La gente generalmente se acordaba de un acontecimiento como si fuera una cámara. Era muy raro conseguir tener acceso a una memoria estando dentro del propio cuerpo en el pasado. El señor Davis sabía que eso era solamente posible en casos de *dèjà vu* - cuya duración no llegaba ni a un segundo. Para poder encontrar el código, debería colocar esa especie de cámara que filmaba el recuerdo en un ángulo muy próximo de sí mismo en el pasado. Era un espectro. Pero él mismo, en el tiempo presente funcionaba como la lente de la cámara. Él se movía dentro de la escena conforme se acordaba de las cosas en ese pedacito del pasado. Mientras reconstruía el recuerdo, iba añadiendo elementos que no necesariamente ocurrieron en el mismo orden; era una cuestión de pura concentración.

Un ejemplo: El día en que ese recuerdo era parte del presente, el señor Davis escuchó el graznido de las gaviotas cuando ya estaba en su biblioteca. Ahora, durante el momento en que rememoraba ese día, el graznido ocurría antes de que él estuviera en casa.

Por eso el orden correcto de los sonidos, de los movimientos, de los ángulos y de otras sensaciones era importante en el presente para llegar más cerca a una determinada memoria. De esa forma, cuanto más fuertes son las emociones vividas por una persona en ese recuerdo, más real se convertía en el pasado, o la escena al ser recordada.

El viejo escuchó a Charlie bajando las escaleras. En seguida se dio cuenta de que el perro de la familia también observaba una rama de árbol que arañaba el cristal de la ventana. El señor Davis se concentró mucho para sentir lo que sucedió cuando su visión fue eclipsada por los rayos de sol aquel día. Estaba casi viendo algo, pensaba él, cuando de repente un rayo de sol dejó todo en blanco.

Se abrió el acceso al Void.

El pensamiento del señor Davis estaba dentro de la sala iluminada.



Estar en el Void era una experiencia increíblemente distinta a la del mundo físico - aunque reflejase la realidad no virtual. Como Etherea se construía cada vez más con la producción de datos provenientes del mundo físico, el mundo allí era ligeramente diferente.

Era más completo en algunas cosas y menos completo en otras.

Supongamos que todo lo que existe en nuestro mundo sólo puede estar allí porque tenemos cuerpos y mentes capaces de ver, sentir, escuchar y crear.

Sabemos de la existencia de la Luna porque, en primer lugar, podemos verla. Esta fue la base de la existencia lunar para los humanos durante milenios. Con el tiempo, los avances científicos comprobaron los fenómenos relacionados con ella. Finalmente, el hombre pisó su suelo.

Hoy en día se sabe de los elementos químicos que son parte de su atmósfera, de su tamaño, de la textura de su superficie, etc.

La Luna de un Neandertal es diferente a la luna de un astronauta. Lo que hace la diferencia es la cantidad de información que ambos tienen sobre ella. Cuanto más descubre el ser humano sobre una cosa, menos incierta o ficticia se vuelve.

Cuanto más real es la cosa, más real es el ser humano. Él va dejando de ser ficción para ser escrito por sí mismo.

Es decir, la ciencia, a través de la comprobación de hechos, no elimina otras hipótesis que también puedan llevar a la verdad absoluta de algo. Pero en el momento en que un hecho es comprobado, la ciencia agarra y dice "este camino que mostró la verdad, es el correcto - las otras hipótesis caminan para otro destino, tal vez la nada". Y ya que la nada es infinita, mucha gente (que no está de acuerdo con la verdad comprobada, o con la ciencia misma) prefiere creer en la continua búsqueda de algo que tal vez nunca llegue. Este camino que nunca termina es todo, o en parte, ficción.

Entonces la humanidad, al descubrir algo, está solamente descubriéndose a sí misma. Al punto en que la Luna se vuelve más y más cercana a lo que realmente es sin interferencia de las ficciones humanas, la humanidad deja de

ser la misma. Se convierte, al menos, digamos, en un narrador más consciente. Se vuelve menos poderoso que lo no humano.

Un búho no ve la Luna del mismo color que la humanidad. Entonces, ¿cuál es su verdadero color? ¿El color que la humanidad es capaz de ver, o la que el búho ve?

Los humanos miran a un caballo y lo que ve es un caballo: animal cuadrúpedo, propicio a alcanzar rápidas velocidades, que se puede montar, que tiene crin, de colores distintos, que come pasto (todos esto son hechos).

¿El caballo mira a un humano y qué ve? (¿Qué hechos sabe? ¿Cómo los identifica? ¿Qué ficciones crea sobre el hombre?).

Si la Luna no sólo pasa a ser la residencia de un dios mitológico, por ejemplo, entonces debe ser otra cosa. Y, por lo tanto, el hombre ya no necesita creer más en la idea de Luna como residencia de un dios mitológico. Por eso, el hombre y la cosa avanzan siempre juntos, porque uno es construido por el otro.

Así era el Void.

El señor Davis no podía identificar ciertos lugares del planeta Tierra en Etherea. Pocos datos virtuales habían sido creados sobre la Antártica, por ejemplo. Entonces, dentro de Etherea, a través de la ayuda del Void, a veces se podía ver un velero sobre un iceberg. En el mundo real esto no estaba sucediendo, pero como la fórmula de datos sobre aquel lugar era restringida, la construcción de la realidad virtual también era limitada. Si Etherea captaba "iceberg - velero - Antártica - fuertes vientos", la construcción de la realidad virtual se presentaría conforme a la información indicada. Por tanto, Etherea tenía una lógica de tiempo y espacio muy diferente.

Las cosas en Etherea se construían conforme a la última actualización que partía del mundo físico. Entonces era posible que un día cualquiera, después de una publicación de noticias en el periódico sobre la Antártica, el señor Davis observara que esa parte de Etherea existiera exactamente como la última actualización, o por lo menos, tratando de reflejar las noticias del periódico.

El mapamundi en Etherea era una de las cosas más fascinantes, según la opinión del señor Davis. Mostraba claramente los niveles de poder de información. En el mundo físico, nuestros gráficos eran siempre construidos a partir del poder económico.

En el mundo físico, China podría estar dominando el ranking de países más

ricos. Pero en Etherea, los Estados Unidos de América estaban a años luz de ventaja en información. De este modo, era posible tener la visión de varios mapamundis: lugares y personas conectadas, lugares y niveles de inteligencia de población, lugares e incidencia de fenómenos de la naturaleza, entre otros.

Pero el mapamundi oficial de Etherea era basado en datos de información. Sólo podía mostrar un determinado país, o ciudad si había la presencia de producción de datos allí.

Por eso era un mapamundi interactivo. Algunos lugares estaban siempre iluminados, y otros apagados. Un viajero que estuviera en un lugar completamente desconocido de la Amazonía podría tomar una foto, o hacer un vídeo y luego publicarla en internet. Parecía simple. Pero con esa foto o vídeo, Etherea iluminaba esa región del planeta porque ya había suficiente información para que existiera.

De esa manera, era divertido ver que los lugares fotografiados y grabados por el viajero habían sido iluminados en el mapamundi de Etherea. Era un verdadero rompecabezas. Y no significaba que estuvieran exactamente en el mismo lugar en que existían en el mundo físico. Ese era el problema: que Etherea no podía iluminar el lugar en el mapa en el que realmente estaban. Para ello, era necesario obtener más informaciones de las áreas colindantes. Hasta que esto no sucediera, la información de aquella fotografía, o vídeo estaba en coordenadas geográficas equívocas. Parecían cuadros de Salvador Dalí.



La cosa más interesante sobre el Void era que lo que entraba en la sala era la extensión del pensamiento. Es decir, el señor Davis estaba sentado en el exterior del Void. Lo que sucedía era que su pensamiento podía acceder a la dimensión virtual. ¿Sabes cuando estás en un estadio de fútbol y puedes ver al hincha de enfrente, después ves la fila siguiente, y finalmente ves el campo? Era más o menos así cómo funcionaban las cosas dentro del Void. Eran planos dimensionales. Por eso, el señor Davis podía estar hablando normalmente fuera de la sala especial y, si él quería buscar alguna información, podía hacer *zoom* en las imágenes que veía en su pensamiento.

De dentro del Void, el señor Davis podía traer a su equipo para llevar a

cabo una misión cualquiera. Sólo que el equipo no tenía cómo controlar nada. Solamente tenía acceso a las imágenes e información manipuladas por el viejo.

Durante toda la semana que pasó en Seattle, el señor Davis trabajó con un sólo objetivo en mente: saber quién eran las personas que habían estado en el Edén durante su encuentro con el asesor. No había sido sólo el reloj de Andrew lo que le llamó la atención aquella tarde. Había algo más sospechoso en aquel lugar. Y él lo iba a descubrir.



En primer lugar, había sido un gran error del asesor Andrew dejarse ver el reloj en un lugar tan controlado. La idea inicial del viejo era que habían pagado a la recepcionista para dejar a Andrew entrar con el reloj - que, según pensaba el señor Davis, era capaz de grabar conversaciones.

Segundo, estaba la mujer del perro. Algo le decía al señor Davis que aquella mujer era sospechosa. ¿Por qué se había sentado tan cerca del jardín donde se había encontrado con Andrew? En aquel día, mientras conducía de vuelta a casa, tuvo un rápido flashback donde vio a la señora abriendo un coche y saliendo del estacionamiento sin el perro. No era posible que alguien olvidase su perro de servicio dentro del coche, aunque fuera por fracción de segundos. Entre ese recuerdo y el momento en el que el señor Davis subió al ascensor de Rayos X, sólo una cosa había ocurrido: él había ido al baño. Y, en menos de tres o cuatro minutos, estaba entrando en el ascensor con la mujer esa del perro.

Quizás en ese periodo de tiempo se dio cuenta de que había olvidado al animal ¿y volvió corriendo a recogerlo? O tal vez entre el estacionamiento y el ascensor, mientras que el viejo usaba el baño, alguien le había entregado a la asiática el perro de servicio.

Su última hipótesis fue lo que hizo que el señor Davis estuviera en Seattle por una semana.



- ¿Rebecca, estás lista? Preguntó el señor Davis.

- Sí. Respondió la negra brasileña bajo su pelo afro.
- ¿Diana? Dijo el viejo, mirando de medio lado.
- Lista. Habló la rusa desde la otra punta de la sala. Su cabello rubio era impresionante.

- Kyle, voy a necesitar que te quedas aquí, ¿ok? Dijo finalmente el señor Davis.

- Bueno. Dijo el muchacho.

No había terminado de responder, cuando el señor Davis ya le había dado acceso al Void a las dos jóvenes. Desde su cómoda silla, avisó:

- Ok. Recuerden que ya sabemos el vuelo que Andrew tomó de Washington, D.C. a Los Ángeles. Y también de las personas que se sentaron en los asientos cercanos al suyo. Kyle ya nos avisó ayer que la mujer del perro también salió de D.C, pero no del mismo aeropuerto, ni en el mismo horario.

- Correcto. Así es. Dijeron las dos.

- Pues entonces. Hoy necesito saber si realmente utiliza al perro de servicio para las crisis de epilepsia. Y para eso, ustedes deben buscar toda la información de donde ella vive. En las redes sociales no vimos nada - lo que nos indica que posiblemente el perro era una coartada para traer algún aparato electrónico escondido. Pero entonces ¿por qué la máquina de Rayos X no lo detectó? Bueno, de todos modos, rastreen las últimas semanas para ver si el perro aparece en algún lugar. Kyle ya llegó a la conclusión de que las cámaras de D.C. no encontraron nada sobre la relación del animal con ella ¿verdad, Kyle?

- Sí señor. Dijo el muchacho alto y rubio, analizando varios vídeos simultáneamente en la pantalla de su ordenador.

- Rebecca, te quedas con la creación de mapas de los alrededores del edificio Edén en aquella tarde del encuentro. Puede que el perro aparezca con otra persona. Diana, necesito que asignes los mensajes intercambiados en un radio de diez metros por la mujer durante las horas en las que ella estuvo en casa y durante las horas de trabajo. Es posible que tenga un segundo teléfono. Pero tú sólo a vas a descubrir algo en relación con la cantidad media de palabras y puntuación que usa cuando envía mensajes. Dijo el señor Davis.

Las muchachas pasaron el resto de la tarde identificando datos e intentando seguir la estrategia del señor Davis. Kyle ayudaba a configurar el rompecabezas de ese día del encuentro con el asesor Andrew. El señor Davis aprovechó que el equipo trabajaba con intensidad para hacer otras

investigaciones rápidas en Ethera. Sobrevoló las regiones más pobladas de América del Sur, después subió con los ojos por los alrededores de Mozambique, Tanzania. Decidió aumentar el zoom en Oriente Medio. Había escuchado aquella mañana al gobierno anunciar el ataque de una tropa enemiga. Las noticias informaban que un centenar de soldados estadounidenses y tropas aliadas habían sido sacudidos por una bomba sorpresa. Intentó buscar la información en Ethera. Amplió más el zoom hasta llegar a la región donde había ocurrido el ataque. No pudo encontrar nada.

Fuera del Void, escribió rápidamente la noticia y encontró el enlace. Puso el vídeo de la noticia y mientras lo escuchaba de nuevo, movió el mapa interactivo de Ethera en busca de datos relacionados con la noticia.

El señor Davis parecía sorprendido. Había encontrado la explosión de la que hablaba la noticia del mundo físico. Pero era una bomba en medio del desierto, lejos de dónde decían los reporteros. No había alcanzado a ningún campamento de las tropas estadounidenses, ni de los aliados.

Retrocedió en unos días en el gráfico de vidas y no detectó ninguna muerte en las últimas dos semanas. Ethera había archivado la explosión en las coordenadas geográficas donde había ocurrido, o sea, más hacia el norte. La geografía interactiva presentaba cambios del antes y después de la bomba. Como los datos del noticiero no correspondían a la verdad, era casi imposible encontrarlos en Ethera.

Eran *fake news*. Pero el problema no era ese.

El señor Davis se enfrentaba a una cosa mucho más espeluznante.

La noticia no era del todo falsa. De hecho, la bomba había partido del lado enemigo. El viejo trazó los movimientos de la ruta del torpedo. Y la línea de las coordenadas indicaba que el blanco sería, sí, el campamento americano. Pero a poco más de la mitad del trayecto, el torpedo parecía ir perdiendo toda su velocidad hasta detenerse por completo.

El señor Davis adelantaba y retrocedía a esa información del torpedo. No podía creer lo que veía. La última vez que vio el vídeo de la bomba, lo dejó pasar. En una fracción de segundos después de la parada del torpedo, los ojos del viejo evidenciaron como aquel pedazo de metal iniciaba su caída libre. Boom. La bomba explotó fuera del alcance del campamento de Estados Unidos.

En una perspectiva más cercana, notó que incluso en enfrentamientos de corto alcance (aquellos en los que las tropas invaden ciudades cuerpo a

cuerpo), muchos soldados no eran malheridos por los árabes. Las balas, a no ser que fueran cañones o bazucas, nunca alcanzaban los uniformes de los soldados del lado americano. Etherea indicaba cambios en el campo magnético cerca de los soldados, o campamentos. Había una protección magnética alrededor de ellos.

El señor Davis había descubierto la razón por la cual el Senador Scott estaba tan seguro de una guerra con China.

3 LA TERCERA GRANDEZA

En algún lugar impropio y extraño de París, Garance le robaba un beso a Thibault. El hombre, tal vez más desconcertado por sus niveles de alcohol que por la sorpresa del beso, no puso resistencia. Se dejó besar por su socia.

El olor de café que salía de algún pequeño establecimiento se mezclaba con aquella contaminación amiga de las calles estrechas y poco rectas de la capital francesa. El hermoso y el feo desaparecían en los aires parisinos mientras una señora encendía su cigarrillo dentro de su coche.

Durante los últimos años, Garance y Thibault pensaban en dejar sus empleos en la compañía de publicidad donde trabajaban para dedicarse a un proyecto revolucionario en el área de AdTech - o tecnologías de publicidad. Ambos estaban cansados de la gran demanda de trabajo y la poca remuneración. Antes de que se hiciera realidad, solían tomar café durante los descansos; fumaban cigarrillos juntos en el balcón del edificio.

En esos momentos de libertad, examinaban París desde arriba. Un ciclista gritaba al taxista que respondía mostrando el dedo del medio, una joven desnuda abría las ventanas de la habitación, terrazas secretas cultivaban plantas exóticas. Botellas de vino eran llevadas en el fondo de bolsas de tela.

A veces la lluvia de media tarde quitaba el maquillaje de la vieja París, dejando a la vista sus marcas de expresión - nunca su cansancio.

La robustez de cada cuadra iba formando *arrondissements*, o vecindades, imponentes y poco tranquilas. Nada en París era silencioso. Las cosas gritaban incluso sin sonido. Las artes eran provocadoras, se pervertían desde hacía siglos. La gastronomía explotaba en colores y texturas. La moda, ya todos

sabían que era algo un poco inquietante. El café y el tabaco también quisieron conocer París. Salieron de los trópicos y nunca más pensaron volver a casa.

Sobre eso y algunas cosas más conversaban Garance y Thibault durante sus descansos. De un lado al otro hablaban tonterías, haciendo planes para cuando se hicieran ricos.

Hasta que un día se hicieron.

Pero antes de que ese día llegara, tuvieron paciencia. El buen emprendedor era aquel que no se arrojaba al retorno de la ola. Siempre hay que esperar el momento adecuado para saltar al mar. Victor Hugo estaría de acuerdo.

Para los dos, el tiempo perfecto llegaría en un año. Cuando habían ahorrado una buena cantidad de dinero para lanzar lo que vendría a ser la tercera mayor corporación de Etherea.

Como se ve, de sal al *Real*, de *beaver* a *silver*, el dinero tomaba sus precauciones.



Criteria Inc. había conquistado la tercera mayor parte de Etherea debido al gran movimiento de datos que ayudaban en la codificación de personas y cosas. La base fuerte de Criteria era la repetitiva oferta de productos de los más diversos. La creación de esa empresa había sido un gran punto de referencia en el mundo del comercio. Usaba información virtual tanto de Apollo como de Mason's Corporations para encontrar objetivos de venta. Es decir, a través de sitios de búsqueda, o de redes sociales usadas por cualquier persona, Criteria sabía qué productos ofrecer. Y cuando ofrecerlos.

Supongamos que una mujer cualquiera en Australia había buscado precios de vuelo para visitar a su padre. Después, en la misma semana, había hablado con su amiga por mensaje sobre las fechas que deseaba hacer ese viaje. Esta información, por tanto, existía en Etherea. La búsqueda de precios de vuelo se había hecho en el sitio web de Apollo, y la conversación por mensaje había ocurrido en una aplicación de Mason's.

Ahora, presumamos que la aerolínea “X” ha cerrado un contrato con Criteria para la venta de dos mil vuelos a Australia durante ese mes. Cada billete podría venderse entre 390 y 400 dólares. Criteria, entonces, enviaría

publicidad de vuelos a esa mujer. El anuncio ofrecería el billete que ella deseaba por 400 dólares. Con un precio razonablemente bueno, la mujer se interesa aún más en el viaje para visitar a su padre. Pero iba a comparar precios primero en otros sitios web. Vio que la empresa "Y" ofrecía un vuelo sin escala por 402 dólares, es decir, mucho más razonable. Sería un vuelo más rápido y sólo dos dólares más caros. Pero la mujer pensó que tal vez al día siguiente podría encontrar otro sitio con vuelos más baratos. Se fue a dormir.

Al amanecer, se levantó, desayunó y el primer e-mail que abrió era una excelente promoción. Vuelo por la empresa "X" por sólo 394 dólares. El anuncio todavía decía: "Sólo 6 asientos disponibles. No pierda su oportunidad de viajar. ¡Vuela con nosotros!" Aún medio lenta por el sueño, tomó la tarjeta de crédito y efectuó la compra. ¡Listo! ¡Iba a visitar a su querido padre!

Y Critería había conquistado otra cliente.

Esa era la diferencia que la empresa que Garance y Thibault habían creado. Ella insistía en los anuncios. Se llamaba *retargeting*: las empresas de publicidad insistían en la oferta de un mismo producto durante varias veces al día, a la semana, o al mes, hasta que lograban convencer al usuario de internet.

¡La publicidad virtual era una verdadera subasta invisible!

¿Cuántas personas en el mundo tenían idea de que detrás de cada click que daban, empresas gigantescas subastaban por ellas? Entre una decisión y otra, un click y otro, corporaciones multimillonarias reducían sus ofertas hasta ganar clientes.

Las empresas que tenían más margen de negociación, vendían más. Tal vez si la mujer australiana hubiera esperado un poco más, habría pagado los 390 dólares - que era el valor más bajo al que la compañía "X" podría llegar.

Pero ¿cómo podría saber eso? O lo compraba ahora, por 394 dólares, o después el precio podía subir aún más. Esta era la gran jugada del negocio. El cliente nunca sabía cuándo el precio dejaría de bajar. Era un verdadero juego de póquer virtual. Ganaba la mejor mano.

Lo interesante es que Critería no paraba ahí.

Hasta que el viaje de la australiana terminara, un universo de posibilidades podía suceder. Un universo de ventas, por supuesto.

Critería también sabía que la mujer necesitaba una maleta nueva, protector solar, y auriculares nuevos para escuchar música en el vuelo. Después de que llegara a su destino, necesitaría tomar un taxi, o autobús hasta llegar a la casa del padre.

Criteria estaría entonces, insistentemente, anunciando cada uno de esos productos en la pantalla del ordenador de la mujer australiana. Y el viaje de visita al padre era sólo un ejemplo. ¿Para cuántos otros compradores Criteria estaría haciendo una oferta? Para cientos de miles...

Por la venta de cada producto, Criteria Inc. recibía una comisión. Como se puede ver, la vieja París observaba a Garance y Thibault con curiosidad.



Después de la intensa semana en Seattle, el señor Davis regresó a los brazos de la esposa Aurora. Y también de Charlie, que saltaba como loca, queriendo lamerle la cara entera.

Y el viejo también las echaba de menos.

En las horas de dificultad y de cansancio, el amor era la única compañía. Aurora y Charlie le amaban por encima de todo. El señor Davis estaba convencido de que el respeto y la empatía eran los sentimientos más íntimos - grandes amigos del amor. Ellos no gritaban, o llamaban la atención. Existían en las horas más tranquilas del día.

La esposa podía estar hojeando un libro cualquiera después de un día difícil para el señor Davis. Hojeaba páginas sueltas, pero estaba allí. Escribiría sus historias, tal vez. Charlie dormía con la cabeza recostada en el cojín del viejo. Soñaba con posibles campos de ardillas, con el atlético *Doberman* de la calle de atrás, o incluso con un pedazo de carne que caía al suelo. Pero estaba allí. Pocos familiares y amigos podían entender la importancia de compartir el silencio. El dolor es una cosa invisible. Los seres vivos hacían sonidos, gestos, expresiones para intentar explicar un determinado dolor. Pero al final siempre es invisible. Y por eso, para el señor Davis, estas dos señoras eran tan importantes. En el silencio, entendían los dolores del viejo.

Y ya que el silencio también era invisible, el corazón del señor Davis no sufría solo.



Llegó la hora de la Copa del Mundo. El fútbol americano había ganado

fans por todo el planeta, pero todavía no llegaba a la popularidad que el fútbol tradicional poseía. Pero, se volvieron un poco más amigos, digamos. Con el paso de los años, la gran final de la Copa incluía un *show* similar al que ocurría durante el descanso de la *Super Bowl*. Un artista de gran repercusión estremecía el estadio y el mundo virtual. Los contratos se basaban en cuanto más *likes* el artista recibiera durante la final de la Copa Mundial, mayor sería su pago. También los patrocinadores tendrían más visibilidad.

En la última final de la competición, el mundo vio, estupefacto, a una cantante aterrizando en el campo desde un zepelín gigantesco que luego se encogía hasta convertirse en una explosión de fuegos artificiales holográficos. En el aire, los fuegos escribían: "La Gran Final". En el preciso momento en cuanto las palabras descifraban el nombre de la artista en el cielo, rompía la voz de la cantante.

Ella cantaba desde algún lugar, pero no estaba en el medio del campo. Lentamente el estadio se oscurecía hasta que la gente se daba cuenta de que estaba bajo un cielo estrellado. No lo veían desde el suelo. Era como si estuvieran literalmente fuera del planeta, escuchando la voz de la artista que venía de alguna estrella. Y, de hecho, segundos después surgía la cantante sosteniendo una guitarra eléctrica de neón en una estrella que se acercaba. Los espectadores que veían el show desde casa se quedaban boquiabiertos. Los que estaban en el estadio, en vivo, experimentaban el mayor espectáculo de sus vidas. La sensación de estar en el espacio era diferente de la de la Tierra. Los sonidos eran diferentes, los colores eran diferentes. Las emociones se intensificaban.

Alucinados por el show de la cantante y por las constelaciones que conseguían ver de cerca con sus ojos, de repente el sonido de la guitarra eléctrica se sosegó y al acompañamiento sereno del coro, los aficionados notaron que estaban despegándose de sus gradas. La voz de la cantante preguntaba "¿Lo sienten? ¿Quién aquí está sintiendo el espacio?" Y todo el mundo gritaba enloquecido.

Los aficionados, los jugadores, los jefes de Estado, las celebridades flotaban hacia lo que parecía una combinación muy grande de colores ahumados. Era polvo estelar. La artista cantaba una música muy lenta que tocaba el corazón de las personas mientras iban hacia esa explosión de polvo estelar colorido.

Se hizo silencio por completo. Lo que todos escuchaban eran los latidos

suaves del corazón de la cantante. Tum-tum, Tum-tum... La gente miraba sus antebrazos y notaba los colores del polvo ese. Repentinamente, en el último latido del corazón de la artista, todo el polvo estelar que se disipaba de un centro común volvió rápidamente a un pequeño puntito de luz. Y en una fracción de segundos explotó en colores brillantes por todo el universo.

Era el nacimiento de una galaxia.

La cantante pidió que todos cerraran los ojos y pidieran un deseo.

Con el sonido de su última canción, los colores y luces que formaban el nacimiento de aquella galaxia se iban transformando en el zepelín que la había traído. Desde el medio del campo de fútbol, entró al gigante navío aéreo. Poco a poco, mientras cantaba y se despedía con la mano del estadio, la gente notó que ya estaban de vuelta en sus asientos. Pero ahora su ropa brillaba con el polvo estelar y los colores de sus equipos. Mientras que levitaba encima del estadio, el zepelín de la cantante agarró velocidad desapareciendo en el horizonte.

Dejaba al mundo con la final más esperada del último siglo: Brasil X Argentina.



El planeta se estremeció con la riqueza tecnológica de las grandes finales deportivas. Las olimpiadas incluían el uso de dispositivos inteligentes para competidores con necesidades especiales. En muchos deportes, los jueces habían sido sustituidos por Inteligencia Artificial. Los aparatos o robots mostraban lanzamientos, errores, y faltas con un 100% de precisión. Las personas desconfiadas habían recobrado la esperanza en el deporte. Las multitudes enteras podían optar por escuchar y ver lo que los competidores escuchaban y veían durante las carreras, o partidos. La tecnología acercaba cada vez más al espectador a la experiencia vivida por el atleta. A los menores de dieciocho años no les estaba permitido el uso de audio, ya que ciertos atletas decían muchas palabrotas, o insultos.

Apollo Corporations tenía una gran participación en el desarrollo de estos avances tecnológicos. Se llamaban Tecnologías del Otro, en inglés *Technology of Otherness* (TOO).

Esta rama de investigación comenzó cuando las compañías de

investigación médica buscaron al señor Davis para formar un nuevo campo de estudio.

Inicialmente, se crearon minúsculos dispositivos capaces de detectar el rendimiento del cuerpo humano. Con el tiempo, se desarrollaron chips tan pequeños que no podían ser vistos a simple vista. Algunos estaban colocados en una determinada parte del cuerpo humano para captar datos específicos sobre tal región. Otros se movían por el organismo como una célula cualquiera.

Después de años en investigación, fue posible que las sensaciones de miembros mutilados, por ejemplo, fueran las mismas en prótesis. No tardó mucho para que las sillas de ruedas entrasen en extinción. Se pudo recuperar los movimientos y las deficiencias pudieron ser curadas. La medicina tecnológica avanzaba a grandes pasos.

Más tarde, cuando la recepción de señales vitales, químicas y metabólicas del cuerpo humano fue mejorada a través de células chip, las enfermedades pudieron prevenirse. Algunas compañías farmacéuticas ya vendían células *anti-apoplejía*. No eran medicinas. Eran células chip ingeribles que permanecían en el cuerpo humano hasta una fecha determinada. Cuando se caducaban, la persona tenía que tomar otro comprimido.

Mientras la célula-chip estaba funcionando, enviaba señales vitales a la central de atención de la compañía farmacéutica. Era posible prevenir un derrame cerebral con horas de antelación, por ejemplo. El paciente recibía una notificación (generalmente el pulso cambiaba de color) y entonces debía ir a un centro clínico que le daría un remedio preventivo.

Con el paso de los años, las enfermedades más aterradoras de la humanidad llegaron a ser curadas. El problema era para quien no tenía dinero para prevenir, o para tratar enfermedades diversas. Por eso, incluso cuando se pudo curar el cáncer, gran parte de la población sufría quimioterapia. Las zonas más ricas del mundo eran más longevas. Es decir, en lugares como Suiza, Japón, Dinamarca, EE.UU., y Canadá, por ejemplo, se podía ver a personas de más de cien años todavía caminando por las calles.

Con el aumento de la esperanza de vida, también aumentaron los años de trabajo. Las personas de esos lugares se jubilaban más tarde. Esto provocó intensas manifestaciones por toda Europa. El mundo cambiaba rápidamente. Las protestas humanas no.



Como el señor Davis siempre tuvo mucho cariño por la naturaleza, las *Tecnologías del Otro* también se aplicaron a los no humanos. El viejo buscó contacto con excelentes biólogos, físicos, y científicos diversos para desarrollar tecnologías aplicables a animales y plantas.

Ese lado de Etherea tardó un poco más en avanzar ya que el ser humano había invertido poco en las investigaciones sobre el medio ambiente y la vida animal. La recolección de datos diversos sobre la vida no humana no iba tan rápido cómo la humana.

Pero aún así no dejó de sacar a la luz verdades impresionantes sobre la vida de las cosas. Se descubrió en una universidad africana que los árboles más altos no se comunicaban sólo por las raíces. Las partículas de gases emitidos durante la fotosíntesis cargaban un orden exacto de sistemas de lenguaje. Con las corrientes de viento, esas emisiones llegaban a otras partes del bosque. Y así, se supo que bosques de todo el mundo se comunicaban a través del *lenguaje fotosintético*.

Sin embargo, como cada país poseía sus lenguas locales, así también las vegetaciones del mundo tenían las suyas. En las regiones de sabanas, algunos arbustos producían cierta sustancia capaz de contener información importante sobre la reproducción. Un pájaro podía aterrizar en sus ramas y llevar tal sustancia sin saberlo. Después iba a descansar, o comer pequeños frutos en un arbusto vecino, haciendo que la información fuese entregada eficientemente.

Las hojas altas y preferidas de la jirafa contenían niveles de ácidos diferentes a las hojas más bajas. Esto significaba que el árbol sabía exactamente por dónde se podía comunicar. Esta técnica significaba que las plantas también se comunicaban con los animales. La población bióloga ayudó a la neurociencia a detectar información contenida en el árbol y la jirafa.

Los seres verdes, como eran apodados, vivían emociones. Sentían tristeza, dolor, se alegraban. Tenían capacidad de amar. Un amor completamente diferente que tal vez nunca pueda ser entendido por el ser humano. Las plantas, pequeñas o grandes, envejecían y, por eso, perdían familiares. Perdían amigos. Era evidente que los árboles sentían *saudade*. Los investigadores descubrieron que los árboles más grandes del planeta eran grandes contadores de historias. A su ritmo y sin prisa, narraban sobre sus antepasados,

transmitiendo conocimientos milenarios sobre la vida en la Tierra.

Los científicos se sorprendieron al descubrir que los seres arbóreos también vivían bajo un sistema político. El tiempo del mundo vegetal era increíblemente más lento que el tiempo de los humanos. Entonces se tardó mucho tiempo para predecir cuáles serían las posibles eras geológicas del planeta Tierra, sin que la intervención humana fuera demasiado destructiva.

A partir de las lenguas de los árboles, el hombre pudo ver con otros ojos la existencia de diversos prodigios de la naturaleza. Volcanes, montañas, precipicios, familias de corales, glaciares, ríos y mares. Todas las obras y fenómenos de la naturaleza tenían conocimientos archivados. Los grandes montes y mares de nuestro mundo eran verdaderas fuentes de memoria.

Los árboles más viejos del planeta eran inmensos archivos de conocimiento. Eran frondosos y pacíficos señores del tiempo. De sus moradas antiguas, contaban historias y más historias a todos aquellos que viajaban en busca de sabiduría.



Garance y Thibault, en ese último año antes de dimitir, hicieron esfuerzos bastante grandes para no gastar dinero. Se comprometieron a reducir el número de salidas a fiestas, restaurantes, viajes. Se quedaron impresionados con la cantidad de dinero que se gastaba en las pequeñas salidas. Un café aquí, un pequeño restaurante allá, y así veinte, treinta euros se convertían en miles de euros a lo largo del año. Restringiendo tales gastos, fueron viendo el color del dinero más asiduamente.

La cuestión no era que Garance había besado a Thibault por sorpresa. El problema de todo era que él no tenía disposición. ¿Cuántos hombres dejaban de conocer, o enamorarse de mujeres increíbles debido a su mala disposición? Pensaba ella. Un día le dijo a su madre:

- Parece que los hombres de hoy en día están todos ciegos. Hacemos señales por aquí y por allá. Y ellos no se dan cuenta ¿Sólo las mujeres entienden el lenguaje del coqueteo? Un día me dejará de gustar y entonces será demasiado tarde.

- No es que nos gusten o dejen de gustar cuando nosotras queremos. Respondió la vieja.

- Sólo hablamos de trabajo, sobre la estructura de la nueva compañía. Sólo piensa en cómo solucionar problemas que aún no existen. Ya estoy harta. Estoy ahí, le presto atención, pero quiero que se dé cuenta de que no es sólo por trabajo.

- Por lo menos te enamoraste de un hombre que sólo piensa en el trabajo. Dijo la madre.

- Tienes razón. Voy a darle un tiempo y centrarme realmente en nuestra empresa. Dijo Garance, llenando la taza de café.

Una semana después, cuando volvían de un *happy hour*, se contradijo.

Besó al hombre en medio de una calle cualquiera. No podía más con aquella situación medio desesperada. Tenía dos opciones: o lo ocultaba bien, o realmente no tenía ningún interés en ella.

Sintiendo que un balde de hielo se derramaba en su estómago (puño frío de nerviosismo) se dio cuenta de que Thibault no se resistía. Se dejaba besar. Se quedaron abrazados en aquella calle poco transitada, sin intercambiar palabras, hasta que una paloma voladora les diera en el blanco. Thibault, embriagado, se partió de risa. No podía parar y Garance no entendía porqué. Finalmente, él señaló hacia su hombro. A cámara lenta, intentando no querer verlo, la muchacha volvió la cabeza hacia su hombro derecho.

- ¡Coño! ¡Justo encima de mí! Dijo, indignada.

Con unas hojas de árbol, se limpió un poco aquella sorpresa. Después se rio. En el apartamento de Thibault, con el hombro y la espalda del abrigo ya limpios, se echaron en la alfombra de la sala. Habían abierto una botella de vino que descansaba en una mesita cercana. De vez en cuando, rompían el silencio riéndose del pájaro envidioso.

Desde aquel ángulo, ya que las grandes ventanas del apartamento estaban abiertas, se veía alguna que otra estrella. La brisa débil que entraba en la sala acarició el cabello de Garance antes de que ella pudiera abrazar a Thibault aquella noche.



Pasaron unos meses y el único asunto en la casa del señor Davis parecía ser el matrimonio de su hija.

Se llevaron a cabo una infinidad de detalles que sólo quien se casa sabe.

Del número de invitados hasta el color del relleno del pastel, minucias se convirtieron en verdaderos acontecimientos. El señor Davis sólo agradecía que todas esas cuestiones estuvieran a la atención de su esposa. Aurora parecía estar más entusiasmada que la hija. Las dos pasaban días enteros hablando con fotógrafos, decoradores, compañías de buffet. El viejo pasaba por la sala, esquivando flores, hologramas con imágenes de comida, revistas diversas. La única cosa que hacía era abrir los ojos, para evitar pisar algún objeto esparcido por el piso. Charlie, su cómplice de fuga, lo seguía.

La ceremonia matrimonial estaba marcada para dentro de casi un año. Era importante que gran parte de los detalles se observaran con la mayor antelación posible. Los mayores cocineros, decoradores, fotógrafos, y planificadores eran contratados con muchos meses de antelación, incluso años.

Como Jess no era una novia cualquiera, equipos enteros de ceremonias peleaban para ser elegidos por la hija del señor Davis Smith. Organizar una de las mayores bodas del año significaba grandes posibilidades de visibilidad en el mundo de los famosos. Algunas revistas, incluso, lanzaron titulares criticando las proporciones del evento. Decían "Apollo Corporations, la grandeza de los casamientos", "Enlaces millonarios, ¿cuántos clicks fueron necesarios?", o "Davis' Myth: Saturno o Venus - ¿dónde nos casaremos?"

El señor Davis, sintiéndose un poco incómodo con el tono de burla de las últimas noticias, pidió al yerno y a la hija que no hicieran grandes exageraciones. Casarse en la Tierra le parecía menos exagerado y más sensato. Además, transportar a invitados, comida, y todas las parafernalias matrimoniales tendría un enorme gasto.

La hija y el yerno estaban de acuerdo. Nada de grandes extravagancias.

Se sabía que a nivel mundial los niveles de divorcio habían aumentado al sesenta y cuatro por ciento. No que el viejo dudara del amor de los dos. Sólo que era siempre bueno consultar los números antes de cualquier gran decisión. Una boda era un negocio. Y, durante la historia, había llevado a parejas a grandes bancarrotas.

Hija, yerno, Aurora y el señor Davis pasaron una tarde entera en la orilla del mar.

Charlie quiso quedarse en el balcón. No le gustaba ensuciarse las patas en la arena de la playa. Le irritaba aquella sensación. No dejaba de observar a la familia, sin embargo. La perra pensaba que la vida de los humanos era divertida. Siempre estaban haciendo algo. Siempre de allí para allá con

artefactos fortuitos, bebían líquidos coloridos de botellas extrañas, hablaban y escribían en pedazos de metales. Eran grandes acumuladores de objetos de todo tipo. Por sus casas, separaban cosas de plástico que, después de un tiempo, desaparecían. Charlie, sólo tenía unas piedritas escondidas debajo de la cama de visitas. Esos eran sus únicos secretos.

El animal parecía tener dificultades para mantener los ojos abiertos. Estaba empezando a sentir sueño, ese bobo sentimiento que la dejaba grogui. Antes de ponerse boca arriba delante de la puerta de entrada, todavía pudo ver la punta de la gorra de su viejo amigo, el señor Davis. En lo que el sueño ya reposaba sobre sus párpados amarillos y suaves, todavía tuvo tiempo de observar a Jess y Aurora abriendo una silla para acostarse. Nunca dormían en un suelo cualquiera relajadamente, esos humanos, pensó. Sintió una leve anestesia por todo el cuerpo. El sueño de las tardes caninas...

El letargo domaba su cuello tierno, bajando hasta ablandar sus patas gordas en un gesto afectuoso. Antes del último abrir y cerrar de ojos, con los párpados medio abiertos y la mente aún tejiendo conclusiones sobre el comportamiento humano, la perra se durmió.



Al final del día, después de cenar mariscos, beber champán helado, hija y yerno soltaron la noticia. Desde el cuarto de visitas, jugando con tres piedritas, Charlie escuchó que la boda sería en Arizona.

En el Gran Cañón tendría lugar la fiesta más comentada de los últimos años.



Tiempo después, en la oficina del piso de arriba de la casa, el señor Davis hacía garabatos en papeles para bocetos. Creaba líneas rectas entre nombres de personas. Era una especie de árbol genealógico con los hechos que había descubierto a través del Void. A veces parecía que esos garabatos eran casos no solucionados de programas de investigación policial. Líneas horizontales, verticales y diagonales unían fotografías de caras a información aleatoria descubiertas en Etherea.

Dos hechos importantes habían sido descubiertos a través del Void:

1) El reloj del asesor Andrew transmitió toda la charla del jardín de las glicinias a Mason Hadeson;

2) La mujer del perro no tenía relación alguna con el gobierno americano, o con Mason's Corporations.

Pero dos factores agravantes dejaban las cosas un poco más complicadas:

1) Andrew no tenía ningún interés en que Apollo Corporations hiciera la campaña política del Senador Scott. El asesor ya había cerrado un acuerdo con Mason's Corporations. El problema era que el senador y el gobierno estadounidense no lo sabían. El asesor ganaría más dinero con el pacto silencioso que si cerrarse uno con Apollo.

2) La mujer del perro trabajaba para el servicio secreto de China. Diana, la rusa que había sido llevada al Void por el señor Davis descubrió que la mujer tenía otro teléfono celular. La sorpresa era que los mensajes intercambiados eran todos en mandarín. Hasta que se pudiera relacionar los hechos, el equipo del señor Davis había trabajado mucho dentro del Void. Hija de inmigrantes, había nacido y crecido en los Estados Unidos. Era una espía cultivada clandestinamente. Prosperó a expensas de una deuda de familia con el gobierno chino. Y se había convertido en una gran agente secreta.

Se descubrió algo más, que la secretaria que entregaba las llaves de los armarios en la sala que daba acceso al Edén ganó una suma considerable en la lotería. Era falso, claro. Una forma rápida de lavado de dinero. Ya se había mudado a Singapur.

Lo que el señor Davis intentaba entender era cómo la mujer china había logrado pasar con el perro y llevando consigo un dispositivo electrónico. Y después de eso, como había recolectado alguna información, ya que el jardín donde se había encontrado con Andrew estaba insonorizado.

Estas y otras pequeñas preguntas eran el motivo por el que estaba encerrado en la oficina, o en la biblioteca durante largas horas. El viejo necesitaba ir a Washington, D.C. para poder llegar al fondo del asunto. O podría enviar a alguien en su lugar.

Llamó a Rebecca, que estaba en Seattle. Tejieron un plan para después del Día de Acción de Gracias

El fin del año llegaba un poco apresurado. Traía tres cosas importantes para el señor Davis.

La primera era que la Convención Bianual de Etherea se acercaba. A finales de enero ocurría siempre el encuentro de las tres grandezas universales que era una especie de feria tecnológica para atraer inversores. También promovía descubrimientos y datos sobre el bienestar mundial, y también para *networking*. El final del año era importante porque era cuando los últimos ajustes ocurrían antes de la convención.

Científicos, investigadores, estudiosos en general montaban paneles, stands, mesas redondas para la exposición de proyectos e interpretaciones de análisis. La Convención Bianual atraía a personas de todo el mundo. Y ya era la tercera vez que sucedía. La primera de todas había sido en Boston. La edición anterior, el evento había sido en Iowa. Lanzamientos increíbles automotrices se habían realizado sobre las plantaciones de maíz de aquel estado.

Mason's había lanzado el proyecto *Drone-Thru*: la nueva tecnología de tele entrega a través de drones. Criteria Inc. estremeció el mercado turístico internacional con el lanzamiento de cruceros inter espaciales. También modernizó el sistema de vuelta al mundo submarino, creando mayores navíos y la posibilidad de viajes más rápidos alrededor del globo. Los franceses nunca viajaron tanto.

Las fuerzas magnéticas habían sido las apuestas del señor Davis. Apollo había presentado la nueva forma de contención acuática. En Nueva Orleans, consiguieron estabilizar el creciente nivel del mar sin la intervención de máquinas, o de diques, como habían hecho en Venecia, o Ámsterdam. Un campo de fuerza semi-invisible utilizaba la presión del agua como generador de energía. La fuerza establecida contra la pared de contención era usada para la propia existencia del campo de fuerza. El segundo proyecto anticipaba la construcción de líneas ferroviarias también magnéticas. El primer viaje de prueba fue desde Houston hasta Ciudad de México. Tiempo récord: 12 minutos.

Mason's hizo la mayor oferta en la subasta sobre la contención acuática. La segunda mayor grandeza de Etherea informó a los reporteros que triplicaría las inversiones en los campos de fuerza magnéticos, protegiendo varias ciudades del mundo de inundaciones. Fake news.

La verdad era que la tecnología había sido readaptada para los uniformes

y campamentos de guerra del ejército americano. Esta fue la sorpresa que el señor Davis había descubierto el día en que accedió al Void con Rebecca y Diana en Seattle.

En la apertura de las convenciones bianuales, los directores ejecutivos de cada corporación siempre se daban un regalo como forma de cooperación ética entre el mundo físico y virtual. El señor Davis ya sabía que regalo daría.

La segunda cosa más importante que traía el final del año era que Charlie estaba preñada. Un descuido bobo había resultado en cinco cachorros que crecían fuertes dentro de la perra color caramelo. La veterinaria, amiga del señor Davis, había sido invitada a cenar junto a la familia un sábado. Mientras los humanos se reían embriagados, Duke, el perro de la veterinaria que también era un Golden Retriever, subía para jugar con las piedritas de Charlie.

Un mes después, Charlie estaba más gorda y cansada. Parecía un aspirador de los años noventa. Aspiraba todo lo que veía por la casa. El hambre era grande y el señor Davis pensó que era gracioso. Volvieron de la consulta veterinaria con noticias para Aurora. La casa iba a llenarse de cachorros...

La tercera y última cosa importante que el final del año traía era la Navidad.



El Día de Acción de Gracias trajo *Winfrey's Celebrities* para agitar a de miles de espectadores. Porque era en directo, fomentaba el sentimiento nostálgico de cuando poblaciones enteras veían la televisión. Ahora que todo era prácticamente por encargo, la gente veía sus novelas, noticias, y programas favoritos cuando querían. Los deportes y programas esperados como *Winfrey's Celebrities* se guardaron de las estanterías televisivas - eran mayormente vistos en directo.

En la vieja y buena casa de Michigan, se reunía la familia del señor Davis. Todos los años, durante el Día de Acción de Gracias, los Smith dejaban sus rutinas californianas para pasar tiempo juntos. La casa había sido reformada considerablemente: la vaya de madera que protegía la propiedad era nueva y otro huerto había sido plantado.

La parte interior también tuvo sus cambios. En la sala de estar, habían colgado un póster del Coliseo. Bicicletas en movimiento, transeúntes,

estaciones cambiaban las hojas de los árboles. Era como si la vista de la sala fuera el propio monumento en vivo y en color.

Uno de los laterales de la casa había sido reconstruido con paneles moleculares que cambiaban de textura. Era un material que podía cambiar entre estados gaseosos y sólidos. La *nanotecnología expansiva*, se llamaba. Cuando se quería tener una pared, se activaba la función sólida. Cuando se quería ver el exterior, se activaba el modo gaseoso que disipaba el material por los alrededores de la casa en moléculas invisibles. Una terraza retráctil se había agregado a la parte trasera de la residencia. Por lo demás, se conservaban los muebles antiguos, fotografías y pinturas diversas.

- Mi amor, ¿vas a ayudar al abuelo a preparar la cena mañana, verdad? Preguntó Aurora al nieto de cinco años que llegaba con el hijo del medio y su esposa.

- Si me deja, lo haré. Respondió el niño que traía su propia maleta dentro de la casa.

- Dile a tu abuela que este año cocinan los hijos. Se rio al señor Davis detrás de su esposa.

- ¡Ven acá darme un abrazo, cariño! ¡La abuela te extraña! Dijo Aurora llenando al niño de besos por la cara.

- ¡Padre, Hank está fuera! pidió que te llamara. Dijo Liam, el hijo menor del señor Davis, asomando la cara por la puerta entreabierta.

- Ya voy... dile que estoy aquí preparando una cosita y ya voy para allá.

Hank era uno de los mejores amigos del señor Davis. Compañero de grandes aventuras, tenía siempre buenas historias para contar de sus años de juventud. Dueño del taller mecánico local, entendía de los coches viejos y también de los ultramodernos que ya eran suministrados sólo energía limpia.

Era un payaso. Casi dos metros de altura, cada vez un poco más gordo y siempre con la gorra de los Detroit Lions hundida en su cabeza, Hank era el típico tipo divertido que hacía a la gente reír con su simple presencia. Tropezaba con las cosas, rompía vasos, perdía herramientas, pero nunca dejaba de hacer reír a las personas. Era verdaderamente fiel a tres cosas: a su mujer, a la cerveza y al mono vaquero que siempre usaba. La verdad es que para él el mono era una extensión de sí mismo: de los innumerables bolsillos salían papeles con chistes, dulces, medidores de motor, llaves viejas.

Recostado en su pick-up antiguo, se peinaba el bigote mientras esperaba al viejo Davis.

- ¡Ahí estás, viejo! Escuchó, girando la cabeza hacia la casa.
- ¡El gran Davis! Hijo de... Gritó partiéndose de risa.
- ¡Cuanto tiempo! Dijo el señor Davis bajando por el lateral del jardín, sosteniendo una nevera llena de cerveza.
- ¡Sólo te preocupas por Los Ángeles, la gente rica y bla, bla, bla! Se reía Hank haciendo gestos en el aire y volteando los ojos como niño mimado.
- Te invité mil veces, viejo charlatán. Sólo quieres quedarte en casa, como mapache en la basura.
- Cállate y ven a darme un abrazo, ¡jodido nerdo!

El señor Davis se rio sacudiendo la cabeza antes de abrazar a Hank. Le dio un par de palmadas en su ancha espalda antes de abrir la nevera y ofrecerle una cerveza fría. Notó que en la parte de atrás de la camioneta traía un objeto bastante grande cubierto por unas cinco sábanas empalmadas. Señaló con la mirada la cosa antes de brindar, haciendo tintinear las botellas de cristal.

- Está listo, eh... Te dije que podía terminarlo para el Día de Acción de Gracias. Se quejó Hank.

- ¿Y qué tal? ¿Lo pintaste? ¿cómo funciona? Y...

- Shhhhh, shhhh, shhh. ¿Quieres que todo el mundo te escuche, burro? Preguntó Hank con parte de su bigote mojado de cerveza.

- ¡Vale, vale! ¡Pero cuéntame! ¿Cómo vamos conduciendo al lago con ese montón de bebida?

- Ah, ese carro es viejo, pero está renovado ... Dijo Hank golpeando en el maletero de la furgoneta. He conseguido la licencia para instalar el piloto automático en el GPS. Mientras no toquemos el volante, todo está bien. La ley es la que manda...

- ¡De maravilla! ¡Vámonos, vámonos!

Y con la efusiva alegría que sólo viven las grandes amistades, los dos entraron en la furgoneta. En la parte de adelante, había una pequeña sorpresa. Buddy, el *Bernese Mountain Dog* de Hank, tranquilamente esperaba al dueño con la lengua de fuera.

- ¡Buddy! ¡Qué bueno verte! Habló el señor Davis achuchando al perro gigante que casi ocupaba todo el asiento del medio, más parte del asiento del copiloto.

- Eh, Buddy, hazme un huequito.

El perro, lánguidamente, se instaló en el asiento del medio babeando toda

la radio del coche. El señor Davis colocó la nevera en el suelo del coche, se puso el cinturón de seguridad y observó como Hank presionaba el panel cerca del volante, seleccionando el modo automático.

El coche arrancó por cuenta propia. El estrépito pesado de aquella camioneta antigua espantó algunos pajaritos que descansaban en un árbol adyacente. Lentamente, el coche descendió por la pequeña colina antes de llegar a la carretera que los llevaría al lago más cercano. Eran las dos de la tarde y el viento frío sacudía el maizal seco que rodeaba el camino. El señor Davis, a pesar de reírse mucho con su amigo, lo notaba un poco distante. No es que Hank dejara de contar historias, o de soltar sus carcajadas estridentes. Pero tenía algo en su mirada que parecía un poco frío.

- Esto es una maravilla, ¿verdad? Preguntó Hank, apuntando al panel con la segunda botella de cerveza.

- ¡Sí! Y la cosa más increíble es que la policía del distrito sabe todos los coches que están en modo automático. Por lo tanto, no necesitan parar a todo el mundo para hacer la prueba de alcoholemia.

- Para mí, en los últimos tiempos, no hay invención que supere esta.

- Ahhh, entonces estás bebiendo mucho...Dijo el señor Davis, mirando por la ventana.

- Digamos que un poquito. Nadie es perfecto. Pero aquí Buddy me hace compañía, ¿no, campeón?! Dijo Hank haciéndole una caricia al perro.

- ¡Mira, mira! ¡Es Mike! Dijo el señor Davis, cortando la conversación de Hank.

Mike había sido uno de esos enemigos mortales del colegio. Y con un poco más de suerte, le habría robado la novia a Hank, durante el segundo año.

Desde siempre había sido insoportable, se había convertido en un cascarrabias, a pesar de que los años le habían tratado bien físicamente. Era dueño de una pequeña granja en la ciudad. Durante el mes que precedía a Halloween, construía laberintos, vendía calabazas y ofrecía sidra caliente a los visitantes. Su casa estaba bien cuidada y reflejaba la apariencia arrogante del hombre.

- ¡Dame, Dame! Dijo Hank, apuntando frenéticamente a la guantera y reduciendo la velocidad del coche a 10 km/h.

Conforme el coche se iba acercando al tractor rojo donde trabajaba Mike, el señor Davis comenzó a reírse. Dentro de la guantera, había tres huevos de ganso cuidadosamente enrollados en trapos viejos.

- Cuando te diga, le aprietas aquí. Dijo Hank, mostrando el botón de estacionamiento. Hoy ese desgraciado me las va a pagar... Rio entre dientes, todo colorado.

El coche iba acercándose lentamente a aquel tractor en la plantación a orillas de la carretera. Hank ya estaba con el cristal abierto, acomodándose en la ventanilla cuando el señor Davis tuvo tiempo de escuchar "Para, estaciona". Las piernas del amigo se quedaron dentro del coche, el resto del cuerpo se asomó hacia fuera. Buddy ladró alto.

Mientras el coche se detenía, Mike giró la cabeza hacia la izquierda para ver lo que pasaba. El señor Davis vio la mano de Hank bajar, entrar por la ventanilla, apretando el aire y señalando que le acercara uno de los huevos.

- Eh, viejoapestoso. ¿Qué hay de nuevo? Gritó Hank golpeando con una mano en el techo del vehículo.

- Oh, buenas tardes... Bien que sentí el olor a mierda en el aire. No podía ser otra cosa. Respondió Mike, quitándose el sombrero de paja y sacudiendo la cara como si algo oliese mal. Por lo que veo viene en buena compañía. ¿Qué te trae desde tan lejos, gordo feo?

- Es que... sabes... no son las vacaciones ideales. Pero como la Navidad está un poco lejos y la Pascua no llega hasta el año que viene, decidí anticiparte tu regalo.

Cuando Mike frunció el ceño para ver mejor, uno de los huevos ya estaba estallado en su pecho. El olor era tan insoportable que el hombre casi vomitó al instante. Aquel primer huevo, al estallar, había esparcido un mejunje medio oscuro por su cara.

- Pero que... Dijo, cuando fue alcanzado por el segundo huevo en el hombro.

El señor Davis y Hank se estaban riendo tan exageradamente que tenían que sujetarse la barriga del dolor tan grande que les causaban sus carcajadas.

Mike empezaba a bajar del tractor cuando Hank intentó parar de reírse por un instante:

- Tienes... A-jajajajaja! Se rio. Tienes suerte...

- Déjame que te ponga las manos encima, hijo de... Interrumpió Mike mientras se agachaba bajo la valla.

El señor Davis se reía tanto que no le podía acercar el tercer huevo de ganso a la mano frenética de su amigo. Con mucha dificultad para dejar de reírse, Hank dijo:

- Cómo ibas diciendo (risas)... tienes... espera, espera, espera. Dijo limpiándose uno de los ojos con la mano que estaba en el techo del coche. Tienes suerte de que sólo tres cabían en mi guantera...

Y el tercer huevo salió volando de la antigua camioneta hacia la cara de Mike, que sólo tuvo tiempo de protegerse con las palmas de las manos abiertas. Buddy ladraba intensamente. Parecía que hasta el perro se estaba divirtiendo. Vitoreaba a su dueño.

Si el señor Davis apenas podía respirar por el tremendo hedor de aquel bombardeo, uno se puede hacer una buena idea de lo que el viejo atacado estaba pasando. Frotando las manos en sus pantalones, Mike tosía fuertemente tratando de contener las náuseas. Gritó varias ofensas antes de agarrarse a la valla para poder vomitar.

- Yee-haw! ¡Feliz Acción de Gracias! Dijo Hank limpiándose los ojos llenos de lágrimas y mostrando el dedo del medio por la ventanilla mientras intentaba acomodarse dentro del coche. ¿Viste... o no viste eso?

El señor Davis no podía hablar. Sólo hacía movimientos horizontales con las manos en el aire y luego volvía a reírse otra vez. Por el espejo retrovisor podía ver a Mike haciendo gestos, furioso.

El karma era algo terrible. Y aquella tarde había venido de la nada. Por eso era siempre importante ser humilde y tratar a las personas con respeto, pensaba. Nunca se sabe que va a pasar el día de mañana. Y mucho menos las armas que su enemigo puede tener, se rio el señor Davis.

Por fin, después de unos tres kilómetros de puras carcajadas, consiguió abrir la nevera para tomar una cerveza.

- Mira, mi amigo... ahem... esos huevos estaban guardaditos ahí ya hacía más de un mes. Informó Hank, haciendo que los dos rieran de nuevo. Después imitó los movimientos de aquel bombardeo exitoso, dando continuación a otra sesión de carcajadas.

Sorbían sus cervezas como dos amigos adolescentes. Buddy se echó una siesta con la cabeza sobre la pierna del señor Davis. El sol aún alto reflejaba los colores del bosque que se anteponía al lago. Unos cinco minutos más y llegarían al lugar poco visitado por los lugareños.

La superficie del agua formaba una capa fina de luz reflejada. Se movía poco ese día. Hank observó como el coche aparcaba automáticamente debajo de unos árboles incandescentes. Los tres salieron del auto y se dirigieron a la parte de atrás de la camioneta.

- Mira, antes de ver esa belleza, quería decirte que no fue muy fácil. Dijo Hank. Desátame esa parte allí. Indicó con el dedo.

Buddy caminaba hacia el bosque. Los dos amigos desataron el envoltorio de sábanas, revelando el encargo del señor Davis.

Era un pequeño barco.

Que volaba.

- El problema no fue instalar el motor de ese *scooter* volador que me mandaste. Lo difícil fue hacer la prueba de rodaje. Habló Hank, rascándose la barriga.

- ¿Y cómo lo hiciste? Preguntó el señor Davis.

- Bueno, generalmente tarde en la noche. Nadie ve nada en la parte de atrás de la casa cuando se pone el sol. Yo lo probaba allí, después estacionaba sobre dos caballetes, en la esquina de aquel viejo granero.

- Es impresionante. ¡Me encanta la pintura! Dijo el viejo, pasando la mano por el lateral del barco. El barniz daba un brillo especial a los colores azul y blanco de la pequeña barca.

- Flota muy fácilmente. No hace ruido. Dijo Hank. ¿Quieres verlo? Preguntó.

- ¡Claro! Pero ¿Qué pasa si nos ven? ¿Hay peligro?

- Nada...Cuando pasemos esa curva, el lago se esconde detrás del bosque. Y ahí podemos despegar tranquilos. ¡Buddy! Gritó Hank, silbando fuertemente.

El señor Davis y el amigo subían en el barco cuando Buddy apareció corriendo con miedo de ser dejado atrás. Los dos enrollaron las sábanas, dejándolas sobre el techo de la camioneta.

- Ahora, para pilotar esto aquí es muy fácil. Pan comido. Vas a usar esta palanca. Gira hacia un lado, gira hacia el otro. El control de ascenso y de aterrizaje también quedan aquí. Sube la palanca para despegar, baja la palanca para aterrizar. El acelerador y el freno están en estos pedales aquí. ¡Y eso es todo! Remató Hank después de dar las instrucciones! Sólo déjame sacarlo de aquí y aterrizar en el agua. Después es todo tuyo...

- ¡Claro, claro! Dijo el señor Davis ansioso como niño.

Hank encendió el botón de partida, Buddy ya estaba poniéndose cómodo en el suelo de la barca. Se oyó un sonido corto. Fue casi imperceptible el movimiento que la barquita hizo al ser arrancada. Más o menos un leve temblor. Hank observaba la cara de asombro y felicidad de su gran amigo. Levemente, tiró de la palanca hacia arriba. La barca respondió de inmediato.

Buddy miró a Hank con la cara desconfiada que ponen los perros.

- Tranquilo, campeón. Vamos a dar una vuelta...

Un hombre puede conquistar el mundo, convertirse en señor de señores, ser dueño de todo lo que el dinero le permita. Pero, de todo lo que posea, los sueños de la infancia serán siempre sus bienes más preciosos. Porque sólo en la infancia el hombre es capaz de ser fiel a su corazón. Los sueños, esencia reluciente de la materia humana, iluminan el verdadero propósito de las cosas. El niño sueña con la felicidad. El adulto con el dónde. El infante ve mejor la vida: vive las cosas simples porque el alma del mundo no se esconde detrás de nada.

El señor Davis sonrió en silencio. Se acordó que, durante la juventud, su mayor sueño era poder volar con su abuela enferma. Bajo muchos cielos estrellados de la niñez, se había quedado hasta tarde acostado en el césped imaginando una pequeña barquita voladora que pudiera llevarle a su abuela querida y a él de paseo.

Pasó el tiempo y él perdía a su abuela lentamente. A la señora un poco cansada, se le había diagnosticado un cáncer. Las primeras cosas que se pierden al principio son las sonrisas. La sopa de letras de cada sábado, los viajes a la escuela, finalmente la compañía de los días de televisión. Poco a poco se perdió la noción del tiempo. La enfermedad, conforme avanzaba, le robaba minutos. Los días de la semana desaparecían.

El niño Davis lloraba solo, escondido del mundo.

Al final, pensó que los sueños también huían. Perder a alguien que amas era también perder un poco de la luz de la vida. Desde el lecho, en una mañana triste y gris, la abuela amada le llamó. Con la mano débil le hizo una señal para que se acercara. Acarició la carita de su nieto, después su liso cabello. Sin lágrimas en los ojos, agarró su mano sin prisa. Le dijo al pequeño Davis que un día desde algún lugar, lo vería volar en una barquita.

La abuela se fue.

Pero dejaba viva la llama del sueño más precioso de aquel niño que un día sólo quiso hacer a su abuela feliz.



Hank elevó la pequeña barca hasta que pudieran pasar por encima de la

camioneta. Giró hacia la derecha, flotando hacia el lago. Ya sobrevolando el agua reflejada, bajó la palanca hasta reposar la barquita sobre las tímidas ondulaciones.

- ¡Eres un genio! Dijo el señor Davis, sonriendo.

- Realmente lo soy. Esconder esta carcacha y hacer pruebas nocturnas. Cosa de genio. Dijo el amigo.

- Entonces esperamos a pasar la curva del lago para poder subir, ¿no?

- Sí. De esa manera evitamos que cualquier persona que esté pescando, o caminando nos vea. Precaución ... ya sabes.

Y así fueron deslizándose por las tranquilas aguas hasta llegar al punto del lago que no se veía.

- Aquí. Cambia conmigo. El secreto es hacer movimientos bien suaves. ¡Y cuidado con el acelerador! Porque aquí la amiga sale escopetada a través del viento si le pisas demasiado fuerte. Dijo Hank levantándose del asiento.

-Vale. Y también hay que despegar en ángulo suavemente, imagino ... Murmuró el señor Davis.

- Eso es. Toma, aquí tienes.

En la curva del agua, se puso cómodo en el asiento y agarró el mando. ¡Qué nervios hacer realidad uno de tus grandes sueños! El señor Davis aceleró un poco, moviendo levemente la palanca. ¡La barca despegaba!

- Hank! Hank, ¿estás viendo esto?

- ¡Cállate! ¿Necesitas gritar, imbécil? Vamos, hagamos como Jack y Rose en nuestro *Titanic*. Dijo el amigo antes de soltar una risa estridente.

- Nunca cambias, Hank. Reía el viejo.

La parte trasera de aquel bosque era la extensión de la propiedad del señor Davis. No había manera de que nadie descubriera la barquita voladora, modificada gracias a un scooter Turbo X. Iban a mitad de la altura de los árboles cuando pudieron ver el techo de la casa.

- Acelera un poco y ve a la derecha. Advirtió Hank.

- Vale.

En el punto en que perdieron de vista la casa, sintieron las ramas más altas de los árboles acariciando la cubierta de la barca. El señor Davis dudó si alguien alguna vez había navegado los mares de otoño. ¿Se sintieron así los grandes navegantes? Pensó.

Cuando vieron un claro en el medio del denso bosque, bajaron hasta poder seguir a través de los troncos aleatorios que formaban los largos cabellos del

bosque. En silencio, los hombres y el perro admiraban los árboles que pasaban ante sus ojos. El sol comenzó a ponerse, era tiempo de emerger.

Regresaron a lo alto del bosque y atracaron la pequeña embarcación por un rato, Sin más demora, el sol empezó a ponerse arrastrando sus últimos impulsos. Antes de que se escondiera, alumbró de colores rojos y amarillos las hojas. Los tres amigos, inmóviles, se sintieron marineros de un desconocido mar. Si lo contaran, nadie les creería.

El viajero, por más que fotografíe, o que describa, jamás será capaz de expresar el verdadero sentido de lo que descubrió. Porque lo que se descubre en un viaje es nada más que partes de uno mismo. El resto son elementos de la narrativa - ficciones que surgen de la historia de cada viajero.

Cuando la llama de la última ola se apagó, suspiraron.

La mano firme del señor Davis mandó el giro de la barca, dirigiendo la proa hacia la orilla del lago, donde estaba el carro de Hank.

Mientras sobrevolaban el bosque, el amigo cortó el silencio.

- ¡Mira! Dijo, señalando hacia abajo.

Desde arriba se ven franjas verdes fluorescentes. Buddy arrugó los ojos para ver mejor. Esnifó el aire repetidamente. Por fin, estaba despierto, moviendo la cola con excitación. El señor Davis hizo lo mismo con los ojos, bajando un poco la barca de modo que pudieran estar más cerca.

- ¡Son renos! Dijo.

- Sí, el servicio de protección ambiental los tiene a todos controlados. Y ahora, durante la noche, sus cuernos relucen en verde fluorescente para que los conductores no tengan accidentes. Dijo Hank, acomodándose el bigote y tranquilizando a Buddy.

Conforme bajaban sin ser vistos por los renos, notaron que el grupo de animales caminaba hacia el agua. El rebaño, de más o menos veinte cabezas, se alineó de forma precisa en la orilla del lago. Con el reflejo del agua, el número de roces fluorescentes se duplicaba.

Los lagos de Michigan, en noches oscuras, también revelaban secretos.

Después de dejar Buddy y Hank de vuelta en la camioneta, el señor Davis regresó a su casa. Ató la pequeña barca al balcón de la habitación, entró en la habitación, abrió la puerta y llamó a su esposa. Desde el piso de abajo resonó la voz de Aurora diciendo que ya iba.

Le tapó los ojos con las manos. La llevó hasta el balcón donde descansaba la sorpresa. Sonrió, murmurando algo que no se pudo entender. Desde dentro

de la barca, le extendió la mano para que Aurora pudiera subir.

Esa noche, bajo los cuidados del cielo de otoño, la vida pareció más completa.



Las fiestas de Acción de Gracias terminaron con unos kilitos de más. Antes de regresar a California, el señor Davis dejó la barca con Hank. Quería que su amigo también pudiera disfrutar de su creación. Jugar a ser Dios tenía sus recompensas.

Jess y el novio se quedaron en casa un par de días. Su hijo mediano voló a Seattle con su familia, y el pequeño Liam se fue con su novio también aquella tarde. A Manhattan Beach volvían el señor Davis, Aurora y la preñada Charlie.

Rebecca tomó un vuelo a Washington, D.C. al día siguiente. Durante el viaje, memorizó el cronograma de las cosas que anteponían a su misión. De Logan Circle, donde se alojaría, al *National Air and Space Museum* calculó once minutos de trayecto. Con suerte, hacia las tres de la tarde, estaría llamando al señor Davis con noticias.

En Georgetown, la mujer del perro ganaba los últimos descuentos de *Black Friday*. La tarjeta de débito mostraba su nombre: Xi Wang.



Hasta entonces, Rebecca había cumplido la mitad de su misión con éxito. Viajaba hasta la capital para encontrarse con Xi Wang. Había seguido los pasos virtuales de la mujer durante toda la semana anterior. Averiguó lo que Xi Wang había comprado en los sitios de comida, analizó los mensajes que había intercambiado, a quien había llamado; aprendió que ella odiaba el jengibre. A Rebecca, brasileña de nacimiento, tampoco le gustaba. Por último, y lo que hizo la difícil misión más llevadera, había descubierto que Xi Wang tenía un perfil de citas.

El nombre era diferente, pero había un par de fotos de su cara risueña. Incluso los espías más preparados salían a citas. El amor, viejo amigo de la humanidad, traía esperanza al misterio del jardín de las glicinias.

El encuentro entre Xi Wang estaba programado para las dos y media, *en el National Air and Space Museum*. Rebecca evitó que el hombre se encontrara con Xi Wang a través de una falsa notificación de fraude en su tarjeta de crédito. Minutos antes de salir del taxi, tuvo que llamar al banco. Casi dos horas después, el hombre se dio cuenta de que todo no era más que un error de la red. El banco pidió disculpas, enviándole una tarjeta regalo.

Demasiado tarde. Rebecca ya se había encontrado con Xi Wang en su lugar.

Pensándolo bien, el hombre ni siquiera se había enfadado. Se cambió de ropa, comió algo rápido y fue a otra cita en Alejandría.



- Pues... Dijo el señor Davis desde el sillón de su biblioteca, ajustándose el par de gafas nuevas en la cara.

- ¡Entregado! Celebró Rebecca, meneando su voluminoso pelo afro dentro de un bar poco iluminado de la ciudad.

- Quiero detalles.

La mulata, le murmuró al camarero que dejara la cuenta abierta, se arregló el lazo que llevaba en la cabeza antes de salir al patio de atrás. Le dijo al señor Davis que esperara un segundo mientras buscaba un banco para sentarse. Después, se acomodó y de piernas cruzadas, comenzó:

- Todo fue bien. Despisté al hombre del camino y esperé a Xi Wang en una de las entradas del museo. Tuve la certeza de que nadie me observaba, dejando que ella se sentara despreocupada en una mesita de la cafetería.

- ¿Se asustó cuando te acercaste? Indagó el viejo.

- No. Tuvo un leve asombro, hizo un gesto un poco raro con la cara, pero me observó con paciencia. Dijo la joven.

- ¿Has seguido todo lo que acordamos, o necesitaste hacer algunos cambios?

- No, no. Seguí exactamente como usted me orientó. Antes de sentarme en la silla enfrente de ella, ya había empezado a decir "esto va a ser rápido, y sin muchos detalles. Pero esperamos que vengas. Así él podrá conversar contigo". Después abrí el bolso, saqué un sobre y se lo entregué.

- ¿Pues? Preguntó el señor Davis.

- Echó un vistazo afuera, me miró, tomó el sobre y lo guardó.

- Excelente. Excelente...

Rebecca avisó al jefe que regresaría a Seattle en dos días, comentó una otra cosa sobre la misión y luego se despidió. Con la mano derecha levantando la copa, dio un grito de celebración. Quien estaba alrededor lo halló lo extraño, o se rieron junto a ella.

Más tarde, cuando la noche y la madrugada tropezaron por las aceras del D.C., no hubo quien no se riera de una drag queen tirándole del pelo a Rebecca. Pensaba que era una peluca.

- *Oh, my dear I'm sorry!* Gritó en el micrófono con su fuerte acento de Tejas.

La música empezó, se compraron chupitos de vodka, miradas intimas se intercambiaron y se hicieron nuevos amigos. La brasileña cearense no estaba hecha para Washington – destellaba en brillos y sonrisas.

En el lánguido y callado mundo de los finales de fiesta, donde las piernas tambaleantes cargan a la gente de vuelta a casa, Rebecca sintió sueño. Abrió la puerta del bar, avistó un pequeño restaurante chino, pidió una sopa de wonton y se fue al hotel.

Se quitó los zapatos de tacón antes de llegar a su habitación, soltó un eructo que se escuchó desde la habitación de al lado. Acercó la muñeca a la cerradura, vio la puerta deshacerse en moléculas expansivas. Sorprendida, se acordó de cepillarse los dientes en un último instante de sobriedad.

Puso su cabeza en el pecho de Orfeo.

Y se durmió.



En el otro lado del país, Charlie despertaba. Abrió los ojos con cierta dificultad, aún grogui de la anestesia.

Se sintió más madre.

Levantó la cabeza de una almohada, volteando la cara amasada hacia el lado izquierdo. Contó cinco hijos. Mamaban con salud.

Antes de recostar la cabeza en la almohada tierna, besó a cada uno de ellos diciéndoles te amo en la lengua en que hablan los perros.



En un chasquido de dedos, la primera quincena de diciembre había llegado.

Las pre-pruebas antes de la Convención Bianual III estaban en pleno apogeo. Gran parte de los científicos y empleados de Apollo Corporations se encontraban, junto con el señor Davis, en Colorado. El proyecto que iba a ser presentado se había desarrollado en la base de Denver. Apollo escogía, dentro de sus varias bases repartidas por el país, el equipo con el proyecto más innovador. Los ganadores recibían bonos astronómicos en el salario, además de tener la oportunidad de presentar sus investigaciones en la mayor convención tecnológica del planeta.

Denver derrotó a Atlanta en la fase final de pruebas y ahora recibía a todos los ingenieros, físicos y demás científicos del más alto rango de Apollo Corporations para la inspección final. Antes de presentar el proyecto piloto en Dubai, cada detalle debería ser revisado.

La gran apuesta ofrecía un nuevo sistema carcelario innovador y más humanitario. Se esperaba que los proyectos de Mason's y Criteria no fueran de grandes proporciones. Apollo Corporations buscaba el tricampeonato tecnológico, y estaba seguro de eso.

Si alguien dijese que Apollo tenía la posibilidad de perder la Convención Bianual III de Dubai, nadie lo creería.

En Mason's Corporations, se hablaba sobre los últimos retoques del nuevo panel solar que se presentaría. Iban a ofrecer la fuente más innovadora de energía limpia del hemisferio occidental. Se analizaban los datos de consumo eléctrico de las residencias e industrias del planeta. Tales números se podían ver reflejados en las plantillas de la gran convención. Tenían confianza de una posible victoria porque el nuevo panel solar no sería instalado en la Tierra: era una capa reflejada que irradiaba rayos solares en puntos determinados en el planeta y fuera de él.

En Lyon, donde los pre-pruebas de Criteria Inc. ocurrieron, se encontraba la pareja francesa. Sin muchas novedades, informaron a la prensa sobre innovaciones en el área textil. Una de las pocas cosas que se supo de Garance y Thibault era que iban a desechar los paraguas para siempre. Habían creado ropa y sombreros repelentes de agua. La gente podría correr bajo la lluvia sin

mojarse.



- Dos semanas más y podrán comer comida para perros. Dijo la veterinaria que examinaba a uno de los cachorros de Charlie.

- ¿Está bien todo con los cachorros, entonces? Preguntó el señor Davis, sosteniendo a dos de ellos en su regazo.

- Sí. Los niveles metabólicos, de visión y audición se encuentran perfectos. Como dije, dos semanas más y ya pueden ser destetados.

- Vale, entonces, doctora, si no nos vemos, ¡te deseo una Feliz Navidad!

- Muchas gracias, señor Smith. ¡Igualmente! Dijo la veterinaria entregando el cachorro dormido que tenía en las manos.

El viejo salió de la clínica veterinaria llevando una bolsa calentada, donde los cinco perritos dormían. Charlie lo acompañaba. El animal traía un ligero pinchazo en el corazón. Se acordó de las últimas semanas que había pasado con su madre, en una casa grande y perfumada de Connecticut años atrás. Miró a su viejo amigo como si le estuviera pidiendo un favor. Daría todo, incluso las piedritas del cuarto de visitas, para poder quedarse con sus cinco hijitos. El señor Davis miró a la perra, examinó la bolsa, respiró hondo y dijo:

- Vamos, chica...

Antes de entrar en el coche, Charlie se sentó en el suelo del estacionamiento y se quedó esperando la mirada de su dueño. La debilidad de los humanos estaba en los ojos, pensó.

- Charlie, vamos... entra. La invitó señor Davis, barriendo el aire con la mano, sin mirarla de frente.

El hombre escuchó un suspiro. Se agachó y lo único que pudo hacer para consolar al animal fue darle un abrazo. Dijo que todo estaría bien, tratando de animar a su amiga. Antes de ponerse de pie, mostró la palma de las manos a Charlie. Pero la única cosa que vio antes de que la perra subiera al asiento trasero fueron sus ojos llenos lágrimas.

Como eran difíciles los días que anticipaban el dejar ir a las crías.

El señor Davis conducía sin prisa y, de vez en cuando, miraba por el espejo retrovisor. Con una tristeza profunda, veía a su amiga Charlie mirando hacia fuera como si estuviera rezando a algún dios canino.

La esperanza, pensó el hombre, habitaba los corazones más profundos.



Nueva York, desde arriba del edificio más alto, gritó *Feliz Navidad* al mundo.

Los autobuses de la ciudad habían sido revestidos con adhesivos personalizados de luz y textura. Parecían verdaderos trineos. En Times Square, los antiguos paneles de LED daban lugar a los anuncios que pasaban volando por el aire, sobre la cabeza de las personas. Las vespas flotantes estaban prohibidas durante todo el mes de diciembre. En su lugar, globos aerostáticos en forma de bolas navideñas llenaban la ciudad. La gente pedía los globos en sus aplicaciones de celular y, desde la parte de arriba de sus edificios, se subían. Quien veía la ciudad de lejos, o desde arriba, creía que era el árbol de Navidad más extraordinario que había existido.

Las luces aéreas formaban las rutas de los globos que iban desde el Bronx hasta el Brooklyn. En las esquinas de las avenidas más concurridas, pequeños grupos entonaban cánticos navideños desde dentro de los globos asentados.

En torno a alguna chimenea de la ciudad, se reunía la familia Smith. Entre perros y personas, el señor Davis invitó a Hank y a su esposa para celebrar el día de fiesta juntos. Nunca se había bromeado tanto en una Navidad neoyorquina. Al final de la noche, mientras los regalos se ponían bajo las ramas navideñas, dos hombres borrachos cantaban al Central Park.

En Francia, Thibault y Garance hicieron estallar el champán rompiendo la paz inaudible de los copos de nieve. Una tercera copa, sostenida por las manos de un invitado inusitado, brindaba por una de las mayores traiciones a Etherea. El reloj marcaba la medianoche.

4 LA GRAN GUERRA

Dubai. Las emisoras de televisión de todo el mundo transmitían la Convención Bianual III. Las estaciones espaciales distribuidas por nuestra galaxia vieron a tiempo real la ceremonia de apertura. Tres estructuras metálicas gigantes descansaban sobre el desierto arábigo. Eran brotes de flores aún cerrados: *Tribulus Omanense*.

El entorno del área estaba cubierto con inmensos e interminables stands. Banderines de diversos países del mundo se meneaban con la brisa débil que hacían los *hovers* de la policía. Los corredores unían las gradas a estaciones de demostración, plataformas y puentes móviles conectaban ferias de productos a auditorios transparentes. En la parte más al fondo de la convención, maquetas de mini ciudades autosustentables a tamaño real podían ser visitadas. El sector de medio de transporte quedaba más a la derecha de todo el complejo.

Se dio el inicio de la tan esperada Convención Bianual de Etherea.

La tercera edición fue abierta por el presidente del país. Las palabras del discurso de apertura aparecían escritas en el aire, como si estuvieran en una pantalla invisible. Participantes y demás personas que veían todo desde las gradas centrales inmediatamente se pusieron sus gafas traductoras. Podían ver la traducción de esas palabras en el cristal de sus lentes. Sin demora, el Jefe de Estado hizo una señal de agradecimiento mientras que los fuegos artificiales oscurecían el día soleado. Hacían lo contrario de los fuegos artificiales convencionales. En vez de iluminar, oscurecían los cielos de la convención. Pequeñas estrellas fugaces escribieron, en árabe: "Convención

Bianual III - Dubai" y luego "Bienvenidos".

Sonaron canciones locales mientras tejidos de diferentes colores se desplegaban sobre las gradas. Protegían del sol fuerte de la ciudad. De repente, silencio total.

Al creciente sonido hipnotizante del *derbak* y minúsculos timbales, el mundo veía las flores metálicas abriéndose lentamente. El sonido frenético aumentó de volumen y de ritmo hasta que, florecidas, las estructuras ya no guardaban sorpresas. Del gris metálico, se volvía al amarillo claro. Ramas finas se extendían por el desierto formando una alfombra verde.

Del pequeño centro circular de esas flores, se elevaron los símbolos de las tres grandezas del mundo virtual en imágenes holográficas. Luego, cada flor recibía el nombre de una corporación después de la identificación de sus respectivos directivos.

Encima de las palabras *Apollo Corporations*, una cabeza gigante del señor Davis sonreía y saludaba al público y las cámaras que sobrevolaban el lugar. Juntaba las manos, elevándolas al lado izquierdo y luego derecho del cuerpo como señal de victoria. Sobre sí, una pancarta de colores sencillos traía el símbolo de la más poderosa corporación virtual: una pequeña y simple rama de trigo.

En la flor de al lado, el rostro de Mason Hadeson sonreía sin mostrar los dientes. Parecía un poco tímido sobre las palabras flotantes que decían *Mason's Corporations*. Su pancarta anunciaba un yelmo todo en oro.

En la última estructura, debajo de la pancarta que cargaba una flor de lis giratoria, la pareja francesa se volvía al público saludándole y tirándole besos. *Criteria Inc.* se escribía en letra cursiva debajo de la simpática pareja.

Sin demora, los rostros holográficos desaparecieron. Con indiscreción, todos esperaban la presentación real de los directivos.

De repente, un puntito blanco surgió en el aire, hacia la primera flor. El viejo y tranquilo señor Davis agitó la tercera edición del encuentro llegando en un barco de vela. Sobrevolaba la arena sin tocarla. Sosteniendo un paquete de tamaño medio, estacionó con destreza, anclando el barco. La mayor vela se desató, formando un puente fijo hasta la flor de la corporación Apollo.

Mason Hadeson aterrizó en el centro de su estructura metálica a bordo de una aeronave increíblemente estrecha, con lugar para sólo una persona. Recordaba aquellos antiguos proyectos de jets supersónicos de los años noventa que nunca salieron de bosquejos. La aeronave, que más parecía un

avión hecho de papel, era tan leve que pudo quedarse estacionada sobre los pétalos de la flor gigante.

Por último, el mundo se sorprendió con la enorme embarcación que emergía del fondo de las arenas del desierto. Un submarino color de plomo estaba perforando la superficie de aquel suelo árido. Garance y Thibault estacionaron la máquina al lado de la tercera flor. Aplausos y más aplausos. Llegaron, pomposamente, anunciando cierto favoritismo.

Entre discursos rápidos y saludos bien recibidos, las tres corporaciones intercambiaron los famosos regalos antes de que Etherea, efectivamente, abriera sus puertas al mundo tecnológico.

Los franceses entregaron a Mason y al señor Davis dos semillas germinadas del roble más antiguo encontrado en Francia.

Mason regaló a sus competidores un frasco lleno de una sustancia que cambiaba de color. Les contó que eran luces producidas por la explosión de un cometa.

El señor Davis buscó el paquete que había traído. De dentro, sacó dos cachorros de Golden Retriever. Los espectadores dijeron "ahhhh" al unísono. Sonriendo, el viejo estaba seguro de que una de las pocas cosas más eficaces que ablanda el corazón humano, eran esas criaturitas. Garance llenaba de besos al perrito gordo que testarudamente mordisqueaba sus dedos. Mason hacía un *cafuné* a su nuevo amigo.

Durante la semana de eventos tecnológicos que estaba a punto de comenzar, el mundo suspiraría con las novedades de la convención. Inversores rompían récords de inversiones monetarias y los gobiernos firmarían contratos carísimos para obtener los productos ofrecidos por las corporaciones. Usted no se sorprendería con el resultado de la competición final. Aplaudiría sin resistencia los premios otorgados Mason's Corporations. Sería testigo, sin sorpresa, de la mirada cansada y triste del equipo de Denver al dejar escapar el tricampeonato. Consolaría la mayor corporación virtual del universo con palabras nobles y tranquilizadoras. Regresaría a Estados Unidos para el abrazo reconfortante de su esposa y, finalmente, recibiría el perdón de Charlie antes de que una lágrima rápida y única escurriese por su cara.

Pero antes de que todo esto sucediera, Xi Wang le esperaba en el hotel de Dubai.



- Pues, bien, bien... Dijo el señor Davis al entrar en su habitación.

La espía, que se encontraba sentada en el balcón de la habitación, no se movió. Traía un vestido de seda azul marino con un cinturón marrón, calzaba sandalias blancas. En la cabeza, un sombrero de alas ancha. Miraba al mar.

El viejo se acercó al bar móvil, se puso una copa de bourbon, ahogando el hielo. Preguntó si la mujer también quería. Dijo que no.

Tomó una silla donde Xi Wang estaba sentada. Se miraron. El viejo dio el primer trago a su copa, echó una mirada al mar, después se sentó.

- Estoy contento de verla. Supongo que podemos aclarar lo que pasó en el jardín de las glicinias, finalmente. Dijo.

- Sí.

- Sin muchos rodeos, te diré que prefiero escuchar todo de una vez. Nunca fui muy fan de las entrevistas. Por tanto, apreciaría la verdad ruda y cruda de un solo tiro. Declaró el viejo.

La espía asintió con la cabeza. Después dijo:

- El corrupto cae siempre en la trampa de la codicia. Fui al Edén porque sabía que la recepcionista aceptaba propinas y dejaba que las personas entraran con dispositivos. El chaleco de Bobby, en aquella tarde, traía un microsistema de escucha. Pero yo pensé que Andrew y usted probablemente se encontrarían en uno de los jardines insonorizados. Instalamos aparatos de escucha dentro de dos drones minúsculos revestidos con adhesivo de abeja. Usted debe haber notado esos insectos volando por las flores del jardín sin sospecha.

El señor Davis frunció la frente. La espía continuó:

- No era solamente Mason que estaba en la escucha. Thibault y Garance también estaban conectados. Dijo la mujer sin moverse de la silla.

- Fue lo que sospeché, después de descubrir recientemente que ustedes tres pasaron la Navidad juntos.

- Mason's Corporations cerró el acuerdo con la campaña del Senador Scott en aquella misma tarde cuando usted probablemente se dirigía de vuelta a casa. Andrew informó al Congreso estadounidense que Apollo Corporations no se había interesado en el contrato, pero que Mason compitió en la elección del nuevo presidente republicano. Ahora, ¿qué tiene que ver Criteria Inc. con

todo esto? Preguntó Xi Wang, mirando al señor Davis.

El hombre, que observaba el fondo del vaso lleno de hielo, no respondió. Se levantó, descansó los brazos en la baranda del balcón y dijo:

- Mason's Corporations vendió el código del campo magnético a Critería. ¿O tú piensas que ellos crearon la ropa a prueba de agua de la competición solos?! Las gotas de agua no alcanzan el tejido. ¡Pierden fuerza al acercarse a la capa magnética que es la misma utilizada por los uniformes de las tropas estadounidenses!

- Correcto. Confirmó Xi Wang.

- ¿Pero por qué? Preguntó el viejo.

- Porque la pareja francesa firmó un contrato con China. Van a repasar la tecnología de protección magnética sólo si el Senador Scott realmente se elige presidente.

- Entonces, ¿por qué necesitaban escuchar mi conversación con Andrew en el jardín de las glicinias?

- Porque querían estar seguros de que usted rechazaría la petición del Congreso americano. Con eso, podían confiar en el plan de Mason, comprando los algoritmos millonarios de la invención magnética para luego vendérsela a los chinos. El día marcado para la entrega del código es el día de la inauguración presidencial.

- ¿Entonces Mason Hadeson está traicionando al propio gobierno estadounidense, enviando la tecnología de protección a China a través de los franceses?

- Sí. Esa era la única forma para que Mason pudiera jugar a ambos lados sin ser descubierto. Él quiere asegurarse que va a tener dominio total de los datos virtuales cuando descubran nuestro nuevo planeta. Al final de una fortuita guerra, Mason podría probar al país vencedor que les ayudó a ganar. Después de todo, fue él quien creó el código.

El viejo observaba a Xi Wang con atención.

- Señor Davis, esto no es sólo una carrera espacial. ¡Es también una carrera virtual!

Con una voz abatida y un poco distante, nuestro viejo amigo dijo:

- ¿Puedo hacerte una última pregunta? Supongo que ya sabes cuál es.

- Claro.

- ¿Por qué me estás contando todo esto?

Bajo su sombrero, la mujer dio un breve suspiro. Acarició sus rodillas con

ambas manos como si eliminase las pequeñas curvas que el vestido de seda hacía. Se levantó de la silla, se quitó el sombrero y fijó los ojos sobre el mar durante unos segundos. Después, volviendo a la realidad, encontró un par de ojos azules cansados estudiándola. Ella respondió:

- Porque si China gana, las tres grandezas virtuales serán destruidas. Tanto el mundo físico como el virtual serán controlados por un gobierno centralizado. Y ese es sólo el primer protocolo secreto de la posguerra china...

El viejo, en silencio absoluto, se volvió de espaldas al océano. Caminó hacia dentro de la habitación, abandonó el vaso vacío sobre una mesita cercana. De vuelta al bar móvil, se giró hacia dos vasos limpios y abrió la botella de whisky. Sin prisa, puso el líquido anaranjado hasta donde le pareció correcto. Volvió al balcón, le entregó uno de los vasos Xi Wang.

La espía llevó el recipiente al aire primero. Esta vez, brindaría sin traiciones.

Después de sellar el mayor pacto de sus vidas, la voz del señor Davis finalmente rompió el silencio:

- Que empiece la *Gran Guerra*.

SOBRE LA TRADUCTORA



Marián Giráldez Elizo es una estudiante de doctorado en Educación Lingüística en la Universidad de Nuevo México, Albuquerque. Nació en Madrid, España, pero actualmente vive en Estados Unidos. Tiene amplia experiencia en educación secundaria y universitaria. Los últimos 10 años ha trabajado como profesora de español en Nuevo México y desde el 2008 ha sido profesora colaboradora para el Instituto Cervantes.



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

